

El Ruedo



2
Pias.

ENRIQUE
SEGURA



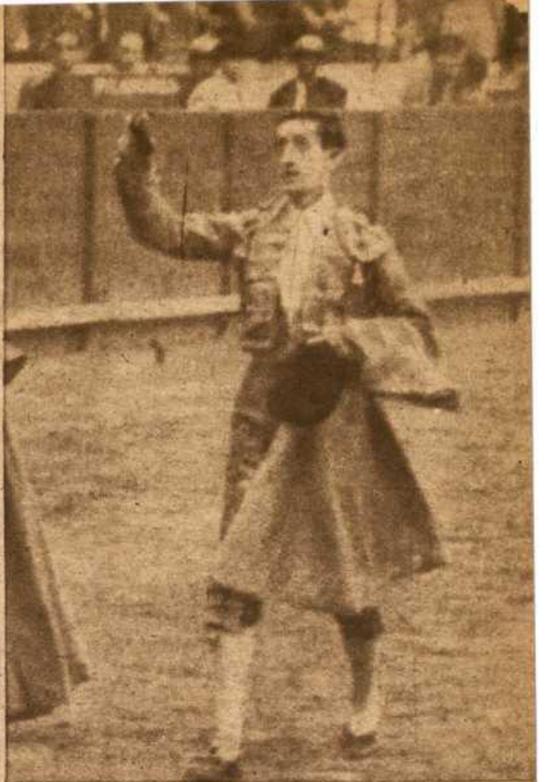
Un monosabio, al quite
(Dibujo de Enrique Segura)



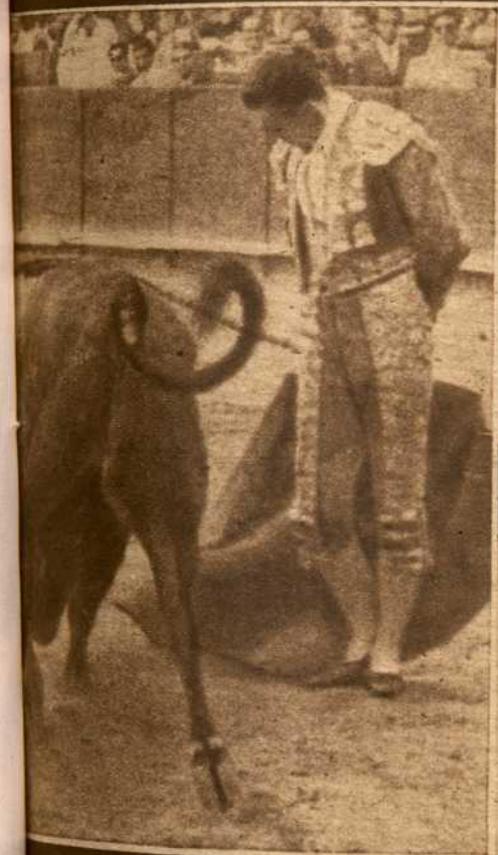
Domingo Ortega, después de cortar las orejas de su enemigo, saluda al público



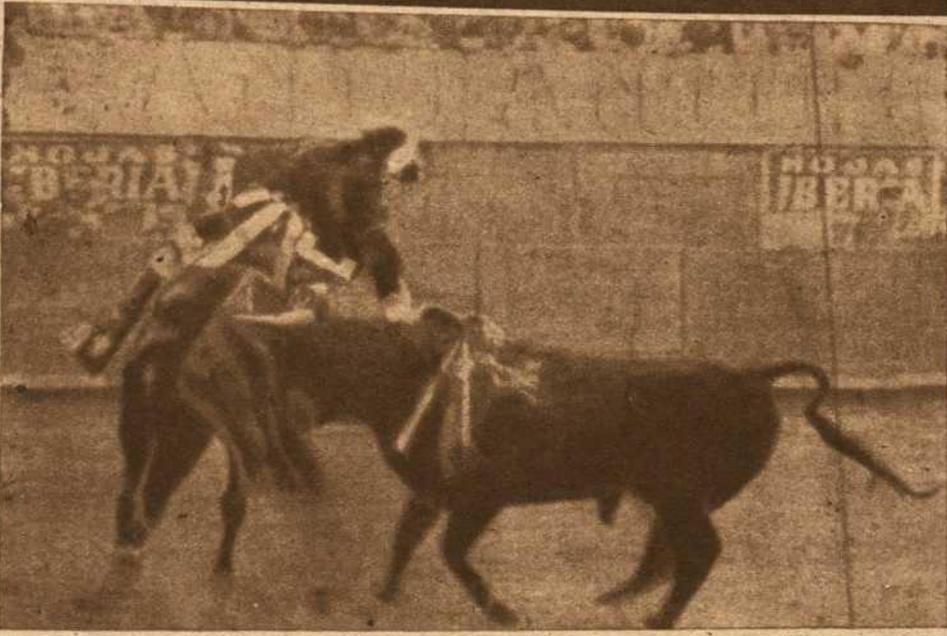
Simao da Veiga, después de terminada su labor, saluda a su compañero Alvaro Domecq, que presencia la corrida desde una barrera



Manuel Rodríguez da la vuelta al ruedo, con las orejas cortadas en su primero



Un momento de la faena del cordobés en el toro, del que cortó las dos orejas
Arruza en un buen derechazo durante la faena de su segundo toro



El caballero portugués Simao da Veiga clavando un par de banderillas durante su intervención, en la que realizó una destacada labor



Simao da Veiga, como premio a su faena, recibió las orejas de su enemigo
El Choni inicia la faena de su primero con un magnífico estatuario

TERCERA DE FERIA DE LA MERCED
SIMAO DA VEIGA, DOMINGO ORTEGA,
MANOLETE, ARRUZA Y CHONI
(En las páginas 8 y 9, amplia información de la primera y segunda corridas)

Domingo Ortega, que tuvo una magnífica tarde, da un pase de los de su especialidad al toro del que cortó las orejas. (Fots. Valls)



EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

Por ANTONIO CASERÓ



Dos momentos de Cañitas en su primer toro y la cogida del mismo diestro



Pepe Luis paseó su des-gana por el ruedo hasta que se acordó de que era Pepe Luis...



Luis Miguel Dominguin en un alarde de valor y confianza durante su faena en el segundo de los suyos

...y surgió aquel quite en el sexto toro

ANTONIO CASERÓ



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Los apoderados de los diestros famosos tienen en nuestros días la obligación de quebrarse la cabeza —¡con lo fácil que es conseguirlo arrojándose de un quinto piso!— inventando noticias sobre la vida menuda de sus poderdantes. Para atraer la atención sobre ellos no bastan sus actuaciones en los ruedos: es necesario además que hagan o dejen de hacer muchas cosas en su vida privada. Cada día hay que contar algo, sea lo que sea: un accidente de automóvil sin consecuencias; un dicho cualquiera, cuidadosamente inventado, que luego se refiere como espontáneo; la adopción de un masaje para la cara o de una cuclilla para afeitarse; la creación de una Peña de *istas* empedernidos; con-

tar y recontar lo que se da y lo que no se da; organizar manifestaciones en las puertas de los hoteles, y especialmente habiar mucho del momento en que van a terminar la temporada y el día que van a embarcar o a volar hacia lejanos países. Todo esto con más intriga y misterio que una novela policíaca.

A veces —demasiadas, por desgracia—, estas noticias son recogidas por la Prensa, procedentes de una corresponsalia provinciana, y entonces, pese a su adobo ridículo y adulador, adquieren categoría y se comentan con más ardor que una gran faena. Como si se tratase de una *vedette*, se publican cartas, generalmente de señoritas, en las que éstas exponen su personal opinión sobre un diestro que es tan simpático, o tan sencillo, o tan elegante, o tan guapo, o tan feo, o tan serio, para terminar diciendo, «porque sí, señor, yo soy de Fulanito, aunque nunca lo he visto torear; ¡pero es tan bueno y quiere tanto a su madre...!»

¿Y cuánto van a durar estos graves síntomas de la evidente decadencia de la fiesta? ¿Puede acabarse tanta mentecatez? A nadie, ni a los propios interesados, se les oculta que si saliera el tore, ruedos y tendidos se quedarían muy limpios, aquellos de figurines y éstos de esos coros históricos que forman los nuevos aficionados para pedir orejas, patas y rabos, y, lo que es peor, para decir a grititos, en el centro de una faena, que no pueden más; que por Dios, que la acabe pronto, porque van a estallar de emoción. Pero esto de que salga el toro con la eficacia de una estupenda escoba, no lleva camino de ocurrir, y el pesimismo comienza a extenderse entre los verdaderos aficionados.

Entretanto, otros diestros, que no obtuvieron tantos favores de las propagandas gratuitas, han de recurrir a la propaganda normalmente retribuida con arreglo a tarifa para hacer públicas noticias que conciernen a su profesión y que naturalmente les afectan a ellos, pero que tienen sin duda auténtico interés taurino.

Las ferias septembrinas de solera terminan este año con una nueva: la de la Merced de Barcelona, que se celebra estos días con rumbo excepcional. No tengo, a la hora en que escribo, noticias de su marcha, aunque está ya terminando. Los cuatro espectáculos con que se ha organizado son iguales, con muy ligeras variantes, y supongo que los aficionados que los hayan presenciado estarán a estas horas un poco indigestos, como el comensal de un banquete con cuatro platos de cordero, langosta o pollo en distintos guisos. (Esto en el caso de que las cosas hayan salido a pedir de boca, de que los manjares servidos estuvieran en punto y sazón, porque si alguno estaba averiado...) De todos modos, se echa de menos una mayor variedad necesaria para el contraste, para la emoción y para la belleza artística. Imprescindible para que el escalafón de diestros no se apolle y consuma en el ostracismo con perjuicio para todo y para todos.

Año II. — Madrid, 27 de septiembre de 1945 — Núm. 66



EN ESTE NUMERO:

LAS CORRIDAS DE LA MERCED EN BARCELONA.—En las fotos: Arriba, instante de la cogida sufrida por David, banderillero de Manolete, que acude al quite.—Abajo, David es trasladado por las asistencias a la enfermería (Fotos Valls) (Información en las págs. 8 y 9.)

La corrida del domingo en MADRID



TOROS DE GUARDIOLA PARA PEPE LUIS VAZQUEZ, CARLOS VERA, CAÑITAS Y LUIS MIGUEL DOMINGUIN

LA SEMANA EN LAS VENTAS

Vamos a hacer de Mosquera

Por EL CACHETERO

EN esta semana madrileña ha habido, ¡al fin!, dos corridas de toros. Presumimos que en éstas, más dos o tres más, parará la "temporada de ovnis", bastante magra, por cierto, y aquí sí que no se va a echar toda la culpa a la Empresa, pues, en cierto modo, en estos días también hemos sabido los periodistas los sinsabores de ser Empresa en los trabajos preparatorios de la corrida de la Asociación de la Prensa. Los llamados "ases" están imposibles, y su desconsideración del público madrileño está pidiendo a voces que éste los eche definitivamente de su último aprecio como personas y como toreros. Que se vayan por ahí a seguir toreando gatos escuálidos, a seguir con el cuento de las apoteosis provincianas y a llevarse el dinero de los catetos. Ya les hablaré más claramente la semana que viene de los entresijos de la corrida de la Asociación de la Prensa, y ustedes juzgaran. En fin, yo pediría a cada aficionado de Madrid que llevase en la cartera un retrato de don Indalecio Mosquera —puede recortarse uno suficiente, en EL RUEDO de la pasada semana—, y que cada uno se convierta en un Mosquera ante la desapresión. El toreo, la afición de Madrid, son algo muy superior a Ortega, Manóte y Arruza. Y el periodismo y los fines benéficos de la Asociación, no digamos. Pueden irse los tres de Madrid, o de los toros, y el toreo seguirá como si nada hubiera pasado. ¡A paseo los tres, y viva el que venga! ¡A paseo o a hacer el paseo en Villajoyosa, que es lo suyo!

Sólo por eso, de lo que, como hemos dicho, habíamos más largamente, uno no se mete demasiado con lo madrileño. Ni con la Empresa, que ha organizado dos corridas de toros en la semana; ni con los toreros, que las han toreado bien, mal y regular. A la Empresa sólo le excitamos a que dé muchas corridas de toros, en la seguridad de que la afición de Madrid, en cuanto vea que su actitud es limpia y gallarda que rompe una lanza, tardía, pero lanza al fin, por el prestigio de una plaza, le ha de responder. Y del apoyo de las gentes de pluma no digamos tampoco. Vamos a ver si todos damos, en la medida de nuestras fuerzas, en ser Mosqueras: Empresa, afición y crítica. Y acabamos con un abuso escandaloso. Vamos a ver si llegamos a la conclusión de que el toreo grande es el que se hace en Plaza grande, y pueblerino el que se hace en los pueblitos. Que en la calidad del toreo no valga tanto el fuero personal como la vieja regla "locus regit actum". Y ustedes perdonen la pedantería.

Pepe Luis Vázquez y Cañitas han hecho toreo grande la semana pasada. (Cañitas: Si alguien le dice que su toreo es pueblerino, diga que los pueblerinos son otros; los pseudoexceles.) El jueves Pepe Luis; el domingo, Cañitas. Grande por el escenario y por sus condiciones de genialidad torera el uno, y de pundonor y valor, el otro. Cualquiera de las peticiones de oreja vale mucho más que esas patas que se cortan, acaso porque a los becerros no les sirven más que para caerse. Y han hecho toreo grande por el lugar el veterano Estudiante y el bisoño Llorente. Y hasta han comparecido para hacerlo Pepe Luis y Luis Miguel Dominguín el domingo. Han comparecido, y ya es algo; suficiente hoy, para que con toda conciencia de sus fallos, yo les tape con la mención de su elogio al hacer el paseo en Madrid. Y hasta la semana que viene, pero vayan preparándose a ser Mosqueras todos.



Cañitas en un pase forzado



Pepe Luis en un ayudado por bajo



Cañitas toreando por naturales



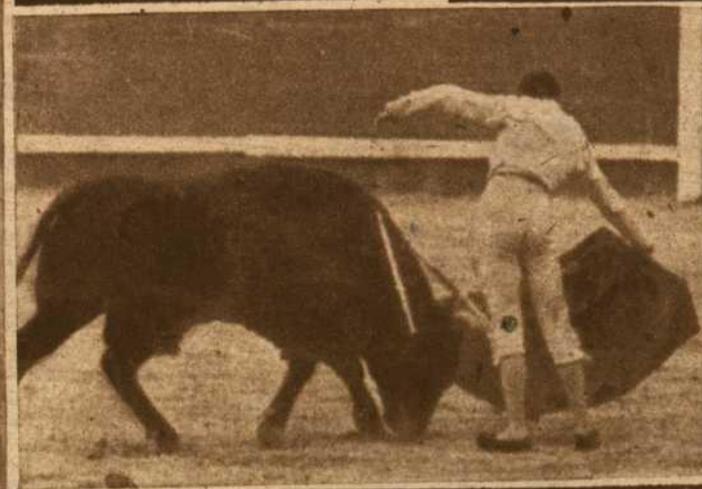
Pepe Luis adornándose con la muleta



Momento de la cogida del mejicano Cañitas



Luis Miguel en un buen natural



Dominguín en un derechazo a su primero



En un adorno, Dominguín besa el testuz del toro

DESPUES DE LA CORRIDA

"Los toros carecieron de alegres y francas embestidas" -- opinó Pepe Luis
 "Abrevie, doctor, que en los toriles queda un toro esperándome" -- dijo
 Cañitas al ingresar en la enfermería

"Cuando, como hoy, el público no se divierte, es lógico nos haga pagar su
 disgusto a los toreros" -- comentó Luis Miguel



Cañitas en un pase de pecho a su primer toro

Al enfrentarse con el ilustre doctor Jiménez Guinea, dijote muy de-
 cidido:

—¡Abrevie, don Luis, que en los toriles queda un toro esperándome!

Pronto el cirujano y sus colaboradores se percalaron de que estaban ante un percance grave, aunque no exento de suerte. El toro, astifino y de curvos pitones, de haber tenido más fuerza hubiera atravesado el riñón del bravísimo torero. Por fortuna derivó en dos trayectorias: una ascendente, de veinte centímetros, y otra hacia dentro y arriba, de cinco centímetros.

La cura fué larga y laboriosa. Cuando el público abandonaba la Plaza Carlos Vera, todavía entre los efectos del cloroformo, era trasladado al Sanatorio de Toreros.

A mis requerimientos, el doctor Guinea, tras de comentar la relativa suerte de la cogida, pronosticó que, de no experimentarse complicaciones, el torero podrá volver a sus heroicidades de aquí a unos quince días.

De cumplirse estos pronósticos, Cañitas, al reaparecer en la primera de feria del Pilar, habrá perdido ocho o nueve corridas contratadas.

LUIS MIGUEL

También el tercer espada de la terna de hoy desearía no hacer comentarios de la corrida. Sus amigos le hablan de escopetas y de perdices, del resultado del partido de fútbol y de otros temas, alejados con lo acaecido no ha muchas horas.

Pero yo, recordando el apotegma de que el tiempo es aurífero metal, procuré meter al diestro en harina, haciendo caso omiso de algunas asesinas miradas.

—Mi primer toro —dice Luis Miguel— me dió la sensación de que estaba toreando. Empezó haciendo cosas feas por el pitón izquierdo, para acabar realizando lo mismo por el otro lado.

El segundo, soso y sin peligro, no fué el toro adecuado para lograr el entusiasmo de un público excesivamente disgustado.

El público paga y quiere divertirse, y cuando no lo consigue es lógico nos haga pagar su disgusto a los toreros.

F. MENDO



El torero de San Bernardo toreando a la verónica



Luis Miguel toreó de capa de frente por detrás (Fots. Baldomero)

PEPE LUIS

FLOTABA en el ambiente de la habitación, la acerba melancolía de las horas tristes y mudas. El torero, sentado al borde de la cama, bebía a pequeños sorbos una limonada.

Con los ojos un poco entornados daba la impresión de un hombre que trataba de salirse de sí mismo, de evadirse, de huir de sus fantasmas y de sus preocupaciones.

Cabe el mirador, un grupo restringido de amigos, presididos por el maestro Cosío, permanecían también silenciosos.

Al fin, Pepe Luis, haciéndose cargo de un escaso tiempo, se decidió a hablar. Con gesto pausado y dueño de sí, dijo:

—Los toros resultaron muy quedados, con excelentes solomillos, pero azosos y desprovistos de bravura. Por sus muchas carnes llegaron a la muerte casi todos con evidentes muestras de aplomamiento.

Creían de embestidas alegres —prosigue—, y si a fuerza de provocarles la arrancada conseguí algún muletazo, los toros se quedaban bajo los sobacos, sin salir limpiamente de la suerte.

De todo esto la gente se dió perfecta cuenta, pero como no se divertía, chilló a más y mejor. ¡Peor hubiera sido que hubieran permanecido insensibles! Entre un público que oscila en medio de los paroxismos de ira o júbilo y otro que permanece impassible, todo artista optará por el primero. Mientras en los públicos de la fiesta exista su tendencia a las soluciones de apasionada dialéctica, habrá... fiesta nacional.

V como esta aseveración nos pareció incontrovertible, asentimos todos.

CAÑITAS

La mayoría de las miradas de los espectadores de la corrida estuvo pendiente de la puerta de la enfermería. Dado el probado pundonor del mejicano, el que más o el que menos confiaba verlo aparecer para dar cuenta de su segundo toro.

Pero Cañitas iba más calado de lo que él mismo se figuraba, y otra vez hubo de rendirse, mal de su grado, ante la adversidad.

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Pepe Luis

Al comprobar hasta dónde llega la raya de nuestro asiento en el tendido evocamos la teoría de lo que se llamó «el espacio vital».

Hay bronca en el uno antes de empezar la corrida del domingo. Y un espectador, aludiendo a la pasión del fútbol, dice a los «contendientes»: «¡Caballeros: que no es aquí donde juegan el Madrid y el Atlético de Bilbao!»

Las moscas pegajosas del fin del verano nos ponen frenéticos antes que la lidia nos desespere.

Cañitas, ceñudo y sonriente al mismo tiempo, más valiente que nunca, arranca el escalofrío de la emoción. Y se va por su pío a la enfermería, bordado con su sangre como un cairel más... ¡Bien, muchacho!

A nosotros, con permiso del respetable,

nos gustó Luis Miguel en el último toro. Estuvo valiente, quieto, tranquilo, seguro. El público no le perdonó que no hiciera faena con el toro difícil que antes le tocó en suerte o, mejor dicho, «en desgracia». Y tampoco le perdonó el beso en el testuz. Pero otros hacen el teléfono y arrebatan. ¡Qué gran misterio!

«¡Segundos fuera!», gritaba la gente cuando los peones no se querían apartar del ruedo para dejar solos a los maestros.

Cañitas puso el par del hipnotizador, andando hacia atrás y haciendo que el toro le siguiera, como si saliera fluido magnético de los arponcillos de los rehietes.

Hay un adjetivo «apático» que le cuadra bien a Pepe Luis Vázquez. No hizo casi nada; pero, en cambio, ¡qué manera de mandar a los peones que se tapan!



Luis Miguel

¿Qué fué de aquel sabio medir los terrenos desde lejos y de aquel maravilloso toque de capote, lleno de gracia andaluza, de Pepe Luis? No vimos el Sur por ninguna parte. Ni el Sur ni ningún otro punto cardinal.

El último toro cayó al suelo y un peón quiso levantarlo retorciéndole el rabo, como si fuera un chófer que pusiera en marcha al coche dando a la manivela.

Estos toreritos de ahora necesitan para hacer faena que los bichos tengan el itinerario fijado de antemano por el Patronato del Turismo.

CASTICISMO Y COLORIDO

LA POPULARIDAD

Por JOSE CARLOS DE LUNA



HASTA hace pocos años, el torero fue una de las figuras más populares y decorativas, y por esto lo acogió la sociedad cuando el colorismo trepó desde los bailes de candel a los salones señoriales, sirviéndole de trampolín la paleta de Goya y las tablas del teatro del Príncipe, si no saltó a pies juntillos y por su propio impulso el Abroñigal para faconear su garbo por la Alameda de Osuna, calado hasta las cejas el castoreño o el catito.

La tosca reciedumbre jacarera de Costillares, Pepe Hillo y José Romero se abrió paso entre tulipanes y lirios; y mientras los afrancesados gargareaban agua de grosellas, el tintorro y el montilla volvieron por sus españolismos fueros, aunque subiéndose alguna que otra vez, como el caramba, a ciertas cabezas aristócratas. Fue la ley de las compensaciones, y, mejor aún, la protesta ingenua y un poco tardía del humillado patriotismo.

Con Pedro Romero, máxima figura del toreo y de la popularidad sin espejas, vuelven las aguas a su cauce, manteniéndola en discretas lindes y sin que se colara en la pandereta sino por los cromos de cajas de pasas moscateles y los marbetes en botella de vinos generosos. Toda la correspondencia epistolar entre Pedro

Romero y el conde de la Estrella prueba sin marras el escrupuloso cuidado que mantuvo la diferencia de clases, sin que se aflojara la democrática amistad.

Con Montes, Cúchares y el Chiclanero se aviva el colorismo, aunque manteniendo las clases; y Guzmán tiene que renunciar prerrogativas de linaje para atusarse patillas de bocajacha. No fue culpa de toreros ni de señores que el fogoso brillo de nuestra fiesta deslumbrara a los extranjeros que nos visitaban con los sacos de mano repletos de prejuicios desatinados y absurdos.

La popularidad de Lagartijo y Frascuelo mantuvo el equilibrio de la balanza; porque mientras la de aquí colmaba su platillo con la elegancia profesional y el particularísimo garbo que le distinguía, la de Frascuelo cayó en el otro de loza talaverana, rebosante de los desportillados bordes, definiendo sus apodos el carácter de cada una: *el Califa* y *el Negro*.

La popularidad de Guerrita se dibuja, hasta su muerte, con líneas más inconcretas: hay momentos en que no se sabe lo que se admira en esta figura: si el recuerdo de la brillantez profesional, o su parda euforia de terrateniente y labrador afortunado. Sea lo que fuere, él conserva recuerdos y fortuna en marco de chaqueta corta y talla barroca sin purpurina ni pulimento alguno. Ya retirado, cuando el casticismo comienza a saber a aceite de almendras dulces, pudo mantener sin lamparones la pechera almidonada de su camisa, pedestal de aquella cara bobalicona y poco expresiva mientras no la iluminara alguno de los temas que hurgando en sus pasiones lo sacaban de quicio. El Guerra más que una época del toreo, recuerda el zumo que supo sacar de sus consecuencias.

Se temple la popularidad con Fuentes, los Bomba, Machaco, Vicente Pastor y el Gallo, cuando el cartel lo es todo y entre sus pliegues se embozan las casi infantiles pasioncillas y los buñuelos de viento. Compartiamos sin recelosas amarguras las exageraciones de la crítica, porque para todos sobraban ditirambos sin que nadie parara mientes en la dosificación; y trepan a la cumbre Joselito y Belmonte: caracteriza al primero el tradicional colorismo, y salta el segundo, sin darse mucha cuenta, el Rubicón por donde discurria desde tiempo inmemorial. No nos metemos a despejar las causas; pero aseguramos que la camarilla de Juan Belmonte abrió nuevos cauces a la popularidad torera, revolucionando, quizá inconscientemente, costumbres y conceptos. Cansinamente trepa el buen torero, alucinado y como lleno de estupor, a la cima que le señalan la media docena de intelectuales instituidos, *per accidens*, en mentores y pedagogos.

La idea era buena y cordial, pero precipitada; y tan pronto se medio aleja de la profesión, triunfante y rico, se diluye su popularidad bajo la mascota y la cazadora de lana escocesa, pese a los reenganches como rejoneador *amateur*. Juan Belmonte, respetable y cordial, no conserva del casticismo de su profesión brillantísima sino la dificultad fonética para anteponerle el *don*.

En la actualidad van y vienen los diestros sin conseguir el halgüño rumorcillo y la expectación ingenua, y conste que la publicidad, a base de miel de caña y colorines, raya en lo incommensurable. Retirados de la profesión, se zambullen en el cortijito adhesionado, y en su propiedad rústica satisfacen plenamente ansias de añorado casticismo con azulejos sevillanos y trajes camperos.

Si lamentan o no el aislamiento y la frialdad, no lo sabemos; pero si las causas que los determinan. Son sencillas y fáciles de concebir: No puede ser popular lo que rebasa las posibilidades del pueblo, que no entiende ni le interesan las *exquisiteces*, porque tampoco puede costear su análisis.

EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

SEPTIEMBRE

26

MIERCOLES

AL comenzar la temporada veraniega, el año 1918, comenzaron a ser novilleros punteros Varellito y Dominguín. Se habían acostumbrado al botafumeiro de los aplausos; ya tenían amigos, aun partidarios; y un día, en que se juntaron para hacer el paseillo y después en la enfermería, en ésta, tras de cambiar impresiones —según escribió el maestro Corrochano—, decidieron ir al encuentro de Joseillo para solicitar de él unas lecciones. El de Gelves contestó: «Estoy a vuestra disposición.» Y, algún tiempo después, quedó acordada, con reses de Contreras, la doble alternativa, que se llevó a efecto el 26 de septiembre de aquel año 1918. Por pequeños, fueron sustituidos dos toros de la citada ganadería por otros tantos de Lama. Y por encima de Varellito, que se confirmó como gran matador; por encima de Dominguín, voluntarioso y aquella tarde con mala suerte, sólo quedaron las lecciones-maestras, que en público dió José. De la corrida del 20 de

septiembre de este año 1945 en que vivimos, sólo habrán de recordarse las lecciones, prodigio de bien forear, naturalidad y arte, de Pepe Luis, y el comentario unánime de la afición: «¿Por qué habrá tomado la alternativa Rafael Llorente? Si se han borrado, si con las nuevas normas han desaparecido del mapa taurino tantos buenos diestros, forzadamente, ¿qué habrá de sucederle a este torero campero, sin personalidad artística, buen novillero, pero tuerlo en reino de ciegos?»

A Angel García Padilla, que el 19 de septiembre de 1897 tomó la alternativa y que el 27 de este mes, en Llerena, dió tres volapiés, que le valieron dos orejas, una caja de cigarros de don Lesmes García, una sortija de su sobrina y la contrata del año que viene..., desde Madrid se le dijo en la Prensa: «Grande es la diferencia que existe entre ser novillero y matador de toros; los públicos han de exigirle hoy más que antes, y la crítica ha de ser también con él más exigente.»

Claro es que hay ocasiones en las que sucede que el nuevo doctor dice con razón: «¡Aquí estoy yo!» Y son los afamados, los antiguos, quienes tienen que reconocer que con los que vienen pegando no hay nada que hacer. Fue el caso de un tal José Gómez, antes aludido, que en Sevilla tomó la alternativa el día 28 de septiembre de 1912. Ricardo Torres, Bombita, que entonces era el «galitito» auténtico, al año siguiente se quedó atrás, y con su adiós, dijo que se había perdido.

En Madrid, en la corrida de los dos Rafaelés, el 29 de septiembre de 1887, fué Guerrita —de verde y plata— el ahijado, y Lagartijo, el padrino. Por la lidia y muerte del toro Arrecio, de Gallardo, en presencia de Séneca, Lucano oyó una ovación por todo lo alto. Pues bien: Don Jerónimo, en sus consejos al nuevo matador, le advertía que el toro es una señora que no admite términos medios: que no basta quererla; que hay que estar enamorado de ella con locura, con pasión. Y Sánchez Neira, aunque reconocía que Guerrita tenía presencia, elegancia, coraje, valor, lo que Dios le había dado y lo que él había aprendido, le conceptuó «poco maduro para tomar la alternativa». ¡Y eso que el doctorado se había demorado un año! El popular escritor rubricó aún que «nada hubiese perdido con torear otro par de años al lado de su maestro».

Así, señores novilleros precipitados, lean todo esto con muchísima atención y no se dejen deslumbrar por los «soles» de a ciento cincuenta mil pesetas corrida, muy cinematográficos, muy espectaculares, pero muy peligrosos para las «estrellas satélites». Pasa como con las marcas acreditadas. Y un 30 de septiembre de 1890, en *El Liberal* se insertaba un anuncio que a muchos novilleros punteros, diestros buleros, debiera haber hecho reflexionar. Decía: «Fui hermosa y de distinción, — y hoy soy fea como un hongo. — ¡Ay de mí! Que sin razón — dejé de usar el jabón — de Los Principes del Congo.» ¿Recuerdan muchos lectores de aquella época esta acreditada marca en 1890?

En mi afán de no parecer pesado, dejaré este tema y consignaré que data de antiguo la exhibición de toros amaestrados. El 1.º de octubre de 1852, en París se presentó un domador con «nueve de estas terribles fieras españolas». Para observar de cerca las que actual y públicamente se exhiben en Madrid, previo permiso, con mi admirado compañero, gran poeta y amigo Federico de Urrutia, entré, días pasados, en las cuadradas, después del trabajo en la pista. ¡Nunca lo hiciéramos! Fiera adomada era aquél, que, con un vergajo alambrado, «domesticaba» a uno de los cuatro toros —de tres años y trescientos kilos, según nos informaron, procedentes de la vacada de Domingo Ortega—, por el delito de no haberse querido subir en un taburete ante el público. Aquella res, armada con sus dos puñales calientes, que a cuatro metros de distancia nos miraba, encampanada y resoplante, sometida a los suaves «procedimientos» de su cuidador, era un cordero, una malva. Para más humillación, a la par que descargaba, iracundo, los brutales golpes, le daba al toro un nombre femenino. Comprende que, para fines de exhibición y lucrativos, esta doma puede que tenga que ser necesaria. Pero a Federico y a mí, el hecho nos pareció inicuo, alevoso y a todas luces indigno de un toro que nació para ser lidiado y para sucumbir al sol, vencido ante el valor y el arte. No para ser humillado con un collar de cascabeles, atado con una soga, y entregado a procedimientos de checa.

Y apenas sin espacio, consignaré, para terminar, qué mes auténtico de alternativas es este de octubre, como lo prueban, entre otros muchos, los siguientes nombres de quienes en él la tomaron: Manuel Domínguez, Antonio Sánchez, Rafael Molina, Salvador Sánchez, Angel Fernández, Felipe García, Angel Pastor, Paco Sánchez, Juan Ruiz, Valentín Martín, Manuel García, Joaquín Sanz, Ponciano Díaz y, por último, Antonio Jarana, que la tomó en Sevilla, el 2 de octubre de 1890, confirmando en Madrid el 26 de igual mes y año.

OCTUBRE

2

MARTES

EL NUEVO MATADOR DE TOROS

RAFAEL LLORENTE TOREÓ POR PRIMERA VEZ EN EL AÑO 1942 EN SUSTITUCION DE SU HERMANO ANDRES

En esta temporada lleva VEINTIOCHO NOVILLADAS Y CUATRO CORRIDAS DE TOROS

Por AGUSTIN ALVAREZ TORAL



Rafael Llorente, nuevo matador de toros

HACE un año, Rafael Llorente era uno más en las apretadas filas del anónimo e imploraba una novillada en el más ínfimo villorrio español. Ahora acaba de entrar, con ímpetu de lozana bravura, en el escalafón de los matadores de toros y afana por adueñarse, en la media naranja de las piazas de toros, de la voluntad de dioses. Allí, en los albores de la primavera, era un mozo oscuro y sobrio, que se disponía a luchar contra el destino y vencer con su modestia fuerte y arrojada. Ha sido el novillero de la temporada. En pocos meses consiguió fundir el trágico problema en un crisol de gallardía que le hizo recorrer los grandes cosos en una oleada apoteósica. Ya no es uno más. Ya ha escuchado los aplausos junto a Manolete y Arruza, los dioses mayores de la torería. Ya ha salido al ruedo de Madrid, en la solemnidad de la alternativa. Historial breve y brillante, que hace presentir la posible existencia de un futuro maestro y que justifica su presencia en las páginas de esta gran revista.

Rafael Llorente nació hace veintidós años en Barajas. Su abuelo, don Gumersindo Llorente, tuvo ganadería de reses bravas durante muchos años. Y un tío suyo, apodado Ito, anduvo probando fortuna como novillero en los comienzos de siglo, siendo después mayoral de la citada ganadería. Esta desaparición total con el estallido de nuestra guerra. Respirando entre los suyos esta atmósfera taurina, nada de extraño tiene que sintiera de chiquillo la comezón del torero. De mocito, dedicábase a las faenas lentas y tranquilas del campo, y su brazo ya empuñaba con firmeza el arado, abriendo surcos de ilusión sobre la muerte. Pero él no había nacido muerto del alma, y en su pecho se despertaron de súbito las grandezas de la torería fantástica y romanesca.

Y un día de agosto de 1942, dorado y caliente, bajó un sol pleno de aficiones toreras... Pero es mejor que hable el propio Llorente. Tarea difícil, porque es enemigo recalcitrante de la palabrería y tiene hecho de la modestia un culto. En su adustez, confiesa con grandiosa sencillez:

—Le tengo un miedo horrible a los reportajes. Es la primera vez que consiento hablar para el público. Entiendo que en mí es necia osadía y que ningún interés puede tener lo que yo diga.

Vencida la resistencia, Llorente habla de lo que tanto teme: de sí mismo.

—Pues verá —prosigue—. Yo trabajaba en el campo, y mi ilusión era hacerme labrador al lado de mis padres. Tengo afición a los toros desde niño; pero nunca pensé hacer del toreo profesión. Ya había toreado a todos los perros y a todos los chicos de mi pueblo cuando conseguí que mi hermano Andrés, entonces novillero, me pusiera de sobresaliente en una corrida que había de torear el 29 de agosto de 1942 en San Sebastián de los Reyes. Y como el diablo las enreda, le avisaron para torear en Madrid en ese mismo día, y entonces logré, tras no pocos trabajos, actuar, en sustitución suya, en el citado pueblo, que es donde vestí por primera vez el traje de luces. Y maté dos novillos de Victorio Torres, uno de los cuales pesó 258 kilos en canal, y el que corté las orejas y el rabo. Ese día me entró un no sé qué en el cuerpo que lo dejó todo por el toreo. A continuación me salieron varias novilladas por la provincia de Madrid, una de ellas en Carabaña y otra en Estremera, en fechas seguidas. Por cierto que como los honorarios eran exigüos, tuve que efectuar el viaje de uno a otro sitio en carro, haciendo el recorrido de noche para llegar a tiempo. Pero todavía gané menos en otros pueblos. ¡Aquella vez que me dieron 500 pesetas por matar dos toros grandes y viejos!... Fué en Chozas de la Sierra, el 4 de octubre de aquel mismo año. Y eso, porque se equivocaron, ya que la cantidad estipulada era aún menor...

—Y, por el contrario, ¿en qué corrida ha ganado más dinero de novillero?

—En Madrid, en la presente temporada, en cuya corrida percibí 18.000 pesetas.

—¿Su debut en Madrid?

—Lo recordaré siempre: el 19 de marzo de 1943. Toreaba con Paco Bernal y Joselito Moreno. No maté ningún toro por resultar herido al hacer un quite en el novillo que abrió plaza, llamado «Currito», negro, de Flores Albarrán. Volví a torear en Madrid en esa misma fecha, que es la festividad de San José, los años 1944 y 1945.

—¿Cuántas corridas lleva toreadas en la temporada actual?

—Veintiocho novilladas y cuatro corridas de toros. Corté orejas en veinticuatro de las primeras y en dos de las cuatro últimas.

—¿De qué corrida conserva mejor recuerdo?

—De la de mi alternativa en Barcelona, el 30 de agosto, alternando con Manolete y Arruza. Me dieron las orejas del sexto toro, de don Carlos Núñez, al que toreadé muy a gusto con la muleta.

—¿Y el peor...?

—Mi peor recuerdo es el de una novillada que toreadé el domingo de Pascua de este año en Valladolid. No es que estuviera mal, sino que los novillos eran demasiado chicos y carecían de respeto...

—¿Prefiere usted entonces el toro grande?

—Creo que el toro ideal para la lidia es el de cuatro años, de buena casta, bien seleccionado en las cruces y en las operaciones de tiente.

—¿Encuentra gran diferencia entre el novillo y el toro?

—La diferencia es naturalmente considerable. Pero lo que sí es bien diferente es torear con matadores de toros. Ese Manolete, ese Arruza ese maestro Ortega... Son tres toreros cumbres, inmensos, a los que es imposible igualar ni superar.

—¿Su mayor ilusión?

—Arrimarme y poder triunfar al lado de esos grandes maestros. No ambiciono otra cosa.

—¿Cuáles son sus suertes favoritas?

—El pase natural y la estocada. Ahí está la verdad, toda la verdad del toreo.

—¿Está satisfecho de la corrida de su alternativa en Madrid?

—No, señor, ni muchísimo menos. Diga usted que estoy en deuda con el público madrileño y que le debo una oreja.

—¿Corridas en perspectiva?

—La temporada está acabando. No obstante, tengo que torear en Barcelona y Valencia, y probablemente tomaré parte en la feria del Pilar, de Zaragoza.

—¿Irás el próximo invierno a América?

—Me han sido hechas proposiciones para actuar en Lima; pero hasta el momento no hay nada ultimado. Mi apoderado decidirá.

Y ponemos punto final a la charla en el instante en que entre amigos y aficionados se pasan de mano en mano la baraja de unas fotos de su alternativa en Madrid, en las que ha quedado impreso su toreo viril y emotivo.

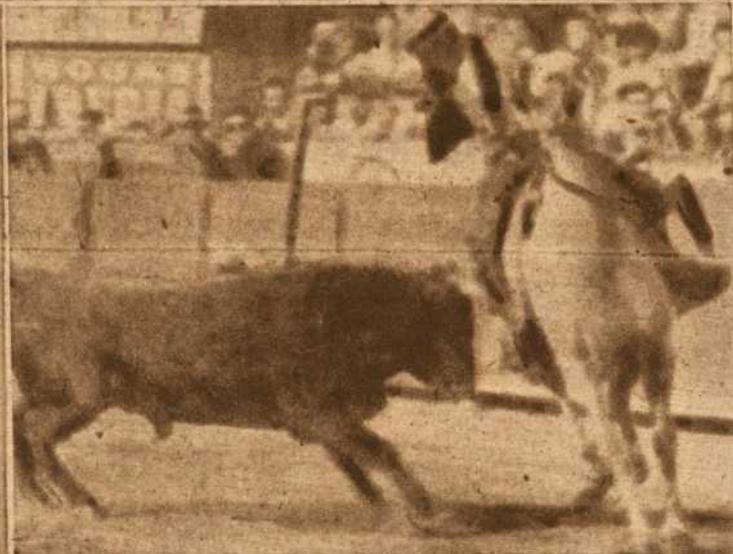


Tres gestos de Llorente, en su conversación para EL RUEDO

CARTEL DE BARCELONA



Alvaro Domeque muestra las orejas cortadas después de su triunfo en la primera de feria



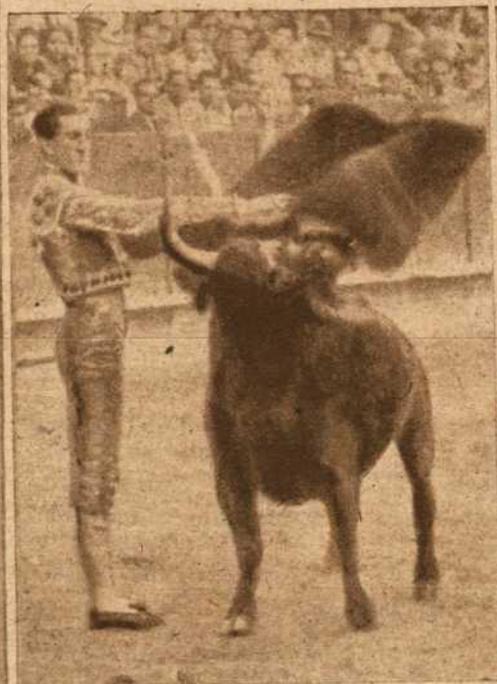
Alvaro Domeque clavando un magnífico rejón en todo lo alto



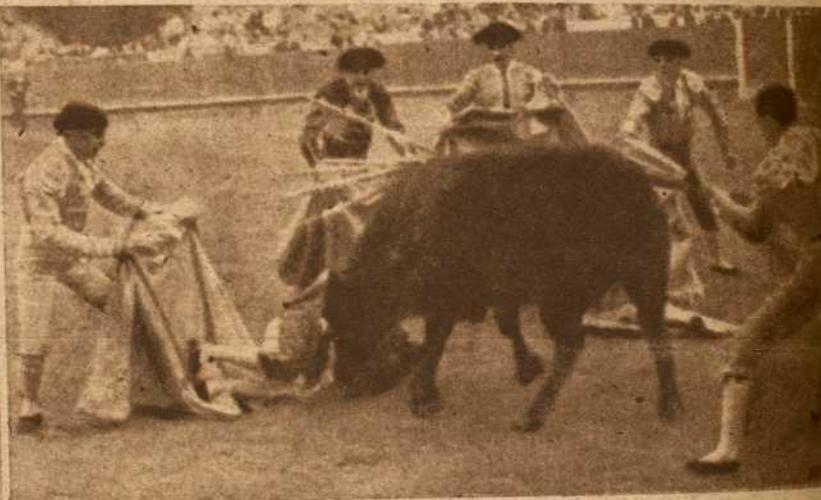
Un muletazo por bajo con la derecha, de Domingo Ortega



Affuxa con las orejas y el rabo. Abajo: Ortega también muestra la oreja de su enemigo



Manolete en un pase por alto



Momento de la cogida de David. Los matadores y subalternos, al quite Manolete, tirando de el rabo al toro

BARCELONA (Crónica de nuestro corresponsal Subirán).—Una nota triste en el brillante comienzo de las corridas de la Feria de la Merced. La cogida del banderillero Alfredo David, al colocar un gran par en su segundo toro.

Domecq, si bien estuvo en la primera, mejor éxito, si se puede, logró en la segunda. En la primera cortó orejas y en la segunda, después de haber resbalado con la jaca, a la que embistió el toro, rejoneó, clavó banderillas y echó pie a tierra toreando con gran estilo y valentía. Dos orejas, rabo y el delirio.

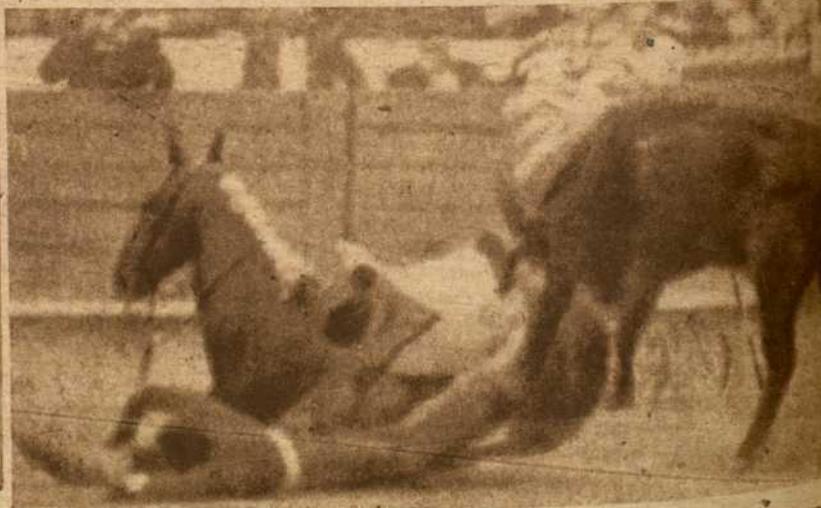
Manolete, el primer día anduvo impresionado por la cogida de su peón, y no tuvo su gran tarde; pero en la segunda logró desquitarse cortándole las orejas, y el rabo a su enemigo segundo, entre aclamaciones del público.

Ortega toreó la primera alcanzando orejas en el primero, al que

JUICIO

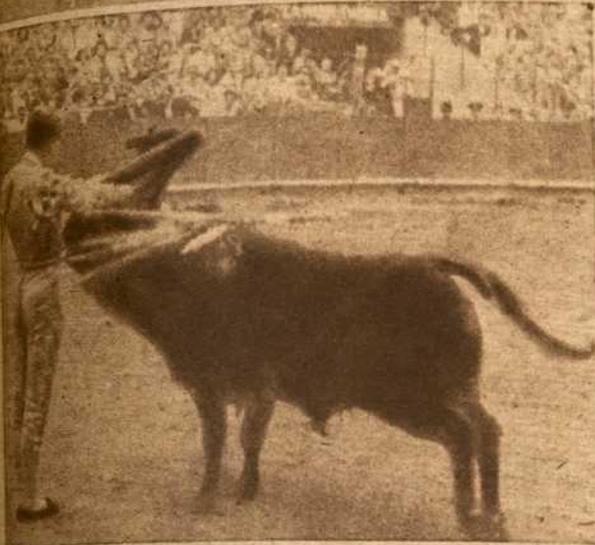


Parrita, que toreó en la segunda corrida, y fué ovacionado, toreando por bajo a su primer toro

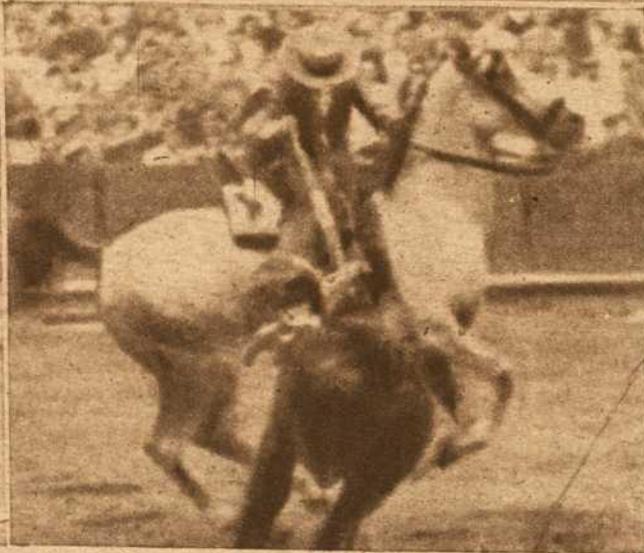


El toro embistió contra la jaca de Domeque, que se ha escurrido en una pasada (Fots. Valls)

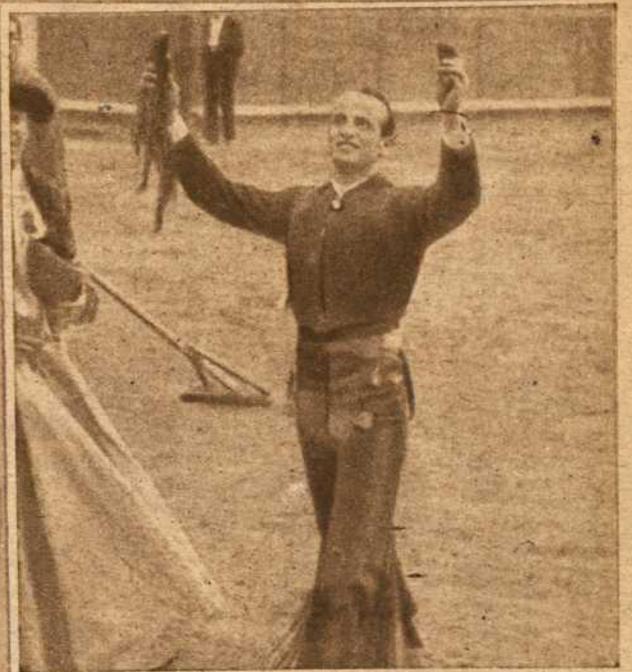
Primera y segunda corridas de la Feria de la Merced



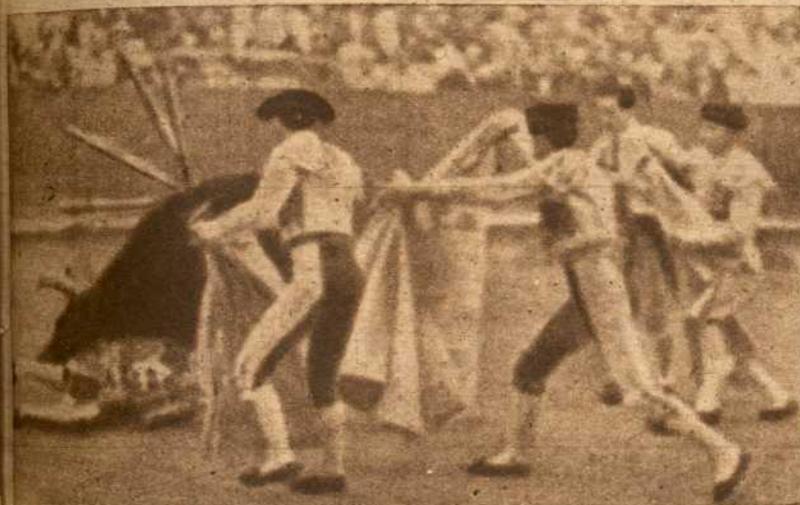
Un buen pase por alto de Manolete, en la segunda corrida



El jinete jerezano clavando un buen refón



Domecq, con las orejas y el rabo, después de su triunfo en la segunda corrida



Otro momento de la cogida de David, y los compañeros sin poder llevarse al toro



Un magnífico par de Arruza



Manolete saluda al público y muestra las orejas de su enemigo. Abajo, Arruza después de su triunfo

CRITICO

toreó con arte y dominio. En el segundo se defendió simplemente.

Arruza, el primer día tuvo buena tarde, que reverdeó al día siguiente. El mejicano cortó orejas en las dos corridas.

Nos quedan Parrita y Marín, para completar los carteles de ambos días. Ambos toreros tropezaron con ganado

bronco, y hubieron de contentarse con recibir las ovaciones del público.

El ganado fué el primer día de José Ignacio Vázquez, que estuvieron bien presentados, embistiendo con poder a los caballos, pero llegando poco suaves a la muleta.

En la segunda, los toros fueron de Leopoldo L. Clairac, seis, y dos de Felipe Bartolomé, más un novillo de Luis Ramos de Villamarta. Resultaron broncos y con mal estilo, excepto el novillo lidiado por Domecq.



Otro momento de la cogida de la jaca de Alvaro Domecq. El toro sigue corneando



Jullán Marín, que tomó parte en la segunda corrida, muletea con quietud y temple a su primer toro

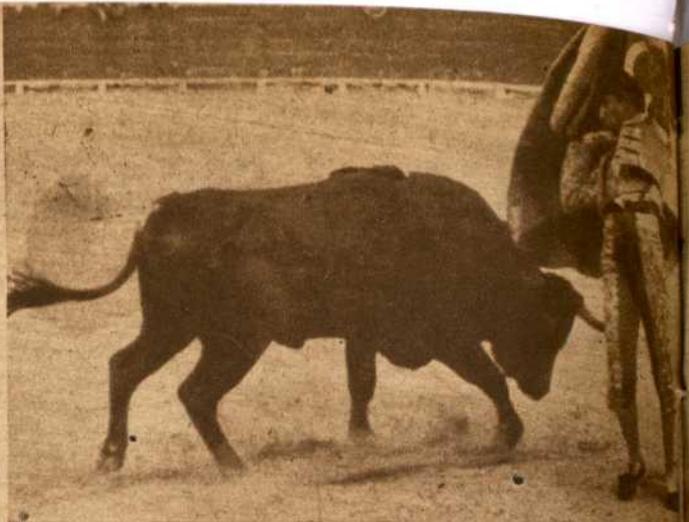




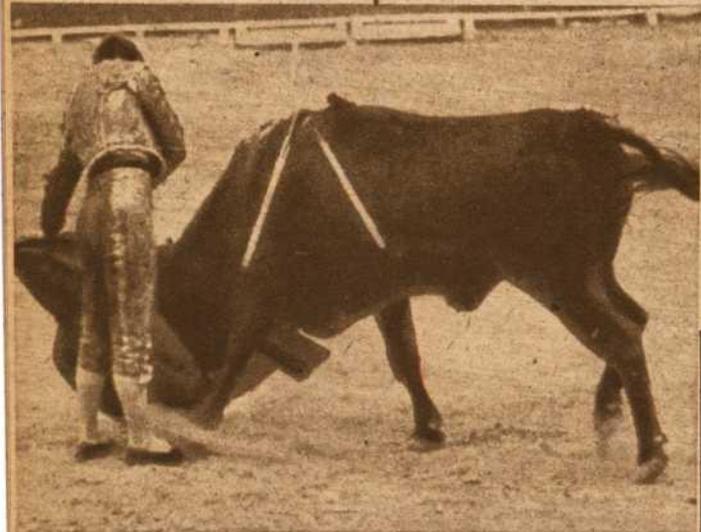
Armillita toreando de muleta a su segundo toro en la corrida de Requena



Armillita, que cortó las orejas y el rabe de su segundo toro



Un quite por faroles de Fermín Espinosa en la faena a su primer toro



Pepe Luis toreando por naturales



Pepe Luis Vázquez en la faena de su segundo

CARTEL de REQUENA

TOROS DE BERNALDO DE QUIROS

ARMILLITA, PEPE LUIS VAZQUEZ y LUIS MIGUEL, DOMINGUIN



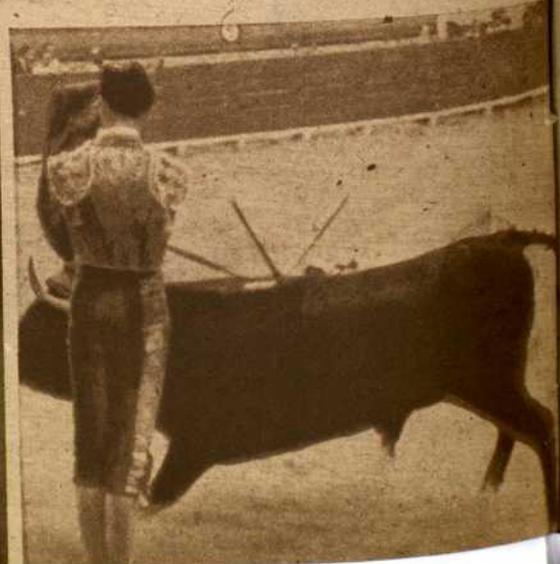
Luis Miguel Dominguín, después de su gran triunfo y en un momento de su faena de muleta (Fotos Vidal)

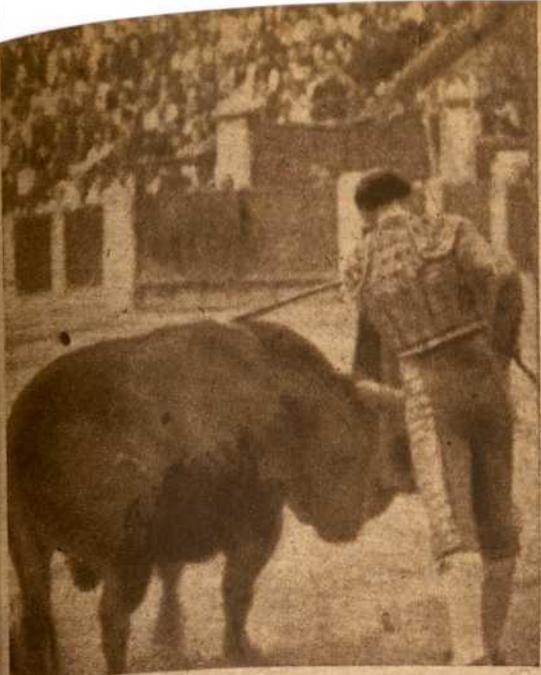


Arriba: Media verónica de Pepe Luis. Abajo: Dominguín es sacado en hombros, después de su gran triunfo

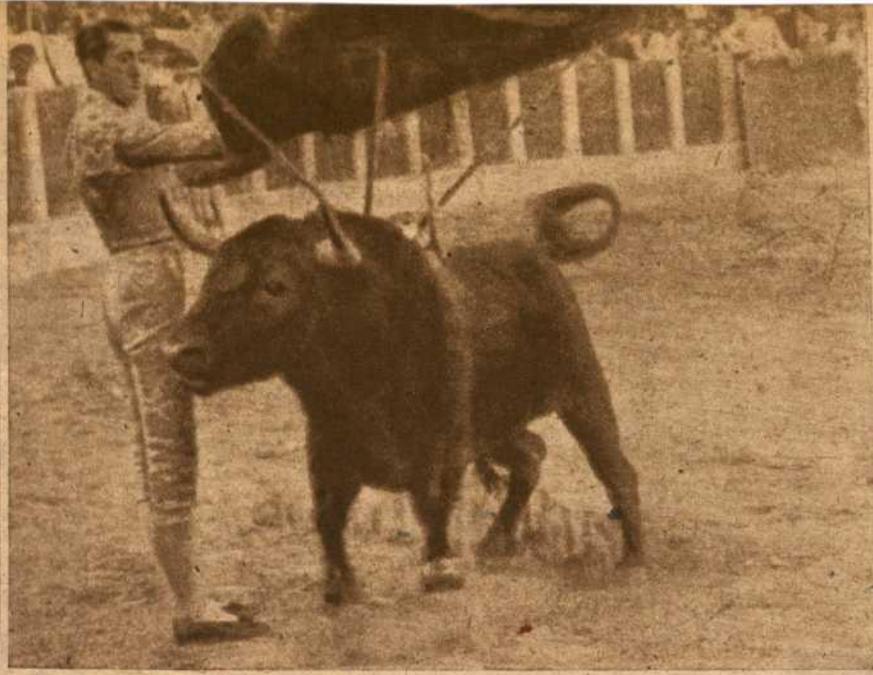


Arriba: Pepe Luis, con las orejas y el rabe de su segundo. - Abajo: Luis Miguel toreando de muleta





El Andaluz, en la cuarta corrida de Feria, en la faena de muleta



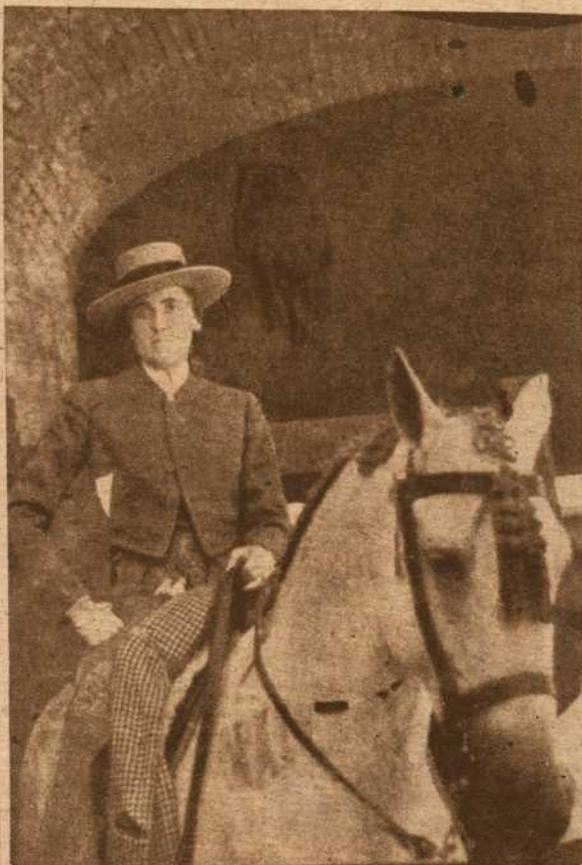
Un estatuario de Manolete en la segunda corrida de la Feria vallisoletana (Fotos Cacho)



Pepe Luis Vázquez se ajusta en un magnífico natural con la izquierda



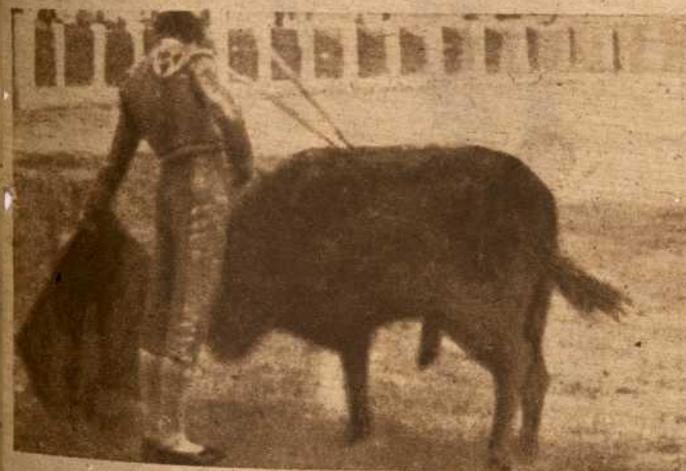
Domingo Ortega, con la rodilla en tierra, comienza la faena con un pase por alto



Conchita Cintrón, en el patio de caballos, preparada para hacer el paseo en la última corrida



Ortega tira suavemente del toro, preparándolo para la faena, cuidando de que no se caiga



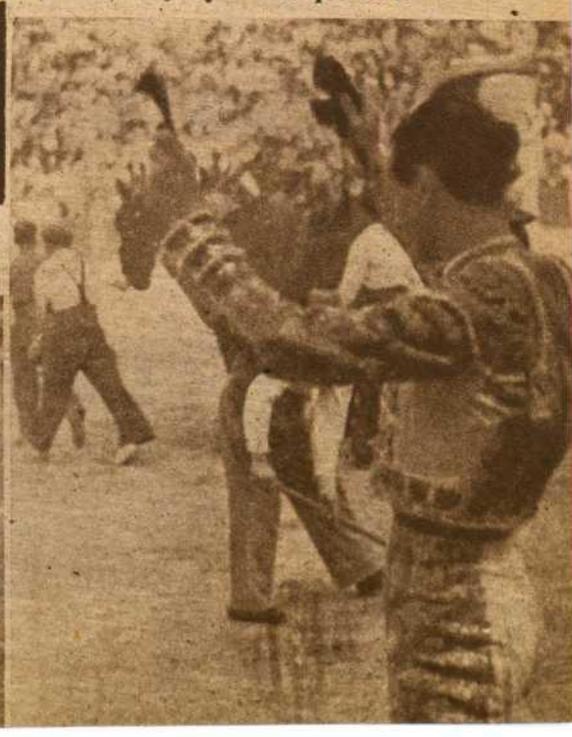
El mejicano Fermín Rivera toreando por naturales en la última de Feria. Abajo: Manolete da la vuelta al ruedo después de su triunfo en el primer toro



De la tercera de Feria, Arruza, en la faena que realizó con su segundo toro. Abajo: El mejicano muestra las dos orejas y el rabo que cortó

FINAL de la Feria de Valladolid

El Andaluz, triunfador en la Feria, da la vuelta al ruedo con los trofeos concedidos por su faena



JOSELITO

CAPITULO XIII

DEL poder y de la eficacia de Joselito como matador de toros hablan muchos episodios notables de su vida torera.

Su facilidad y su perfección en la suerte de recibir. En Madrid le ven ejecutar la suerte por primera vez el 5 de junio de 1913 con un toro de Sallitillo llamado Jimenito. Del libro de Parrita, «Joselito: Su vida y su muerte», copiamos lo siguiente, sobre todo por la referencia al juicio de un gran revistero. Y dice Parrita: «Los aficionados más viejos no recordaban haber visto cosa igual. Desde que salió el toro, vióse cuidarlo y prepararlo para lo que luego iba a hacer. Apenas dejó que los peones metieran el capote. En los quites se mostró sobrio, diciéndole a su hermano, cuando entró al primer quite: «Poco, Rafael; toréale poco». El veterano y autorizado revistero de A B C, D. Manuel Serrano García Vao (Dulzuras), dijo en su revista de aquel día: «Los que presenciaron esta corrida, habrán tenido la satisfacción de ver el trabajo de un espada en un toro lo más completo y más meritorio que recordamos.»

No fué aquella la única ocasión en que Joselito mostró su dominio en la suerte de matar recibiendo, tan olvidada en el toreo desde el siglo XIX, desde la retirada de Salvador Sánchez Frascuelo 12 mayo de 1890), que de entonces hasta a nuestros días todos los revisteros y críticos echaban las campanas a vuelo, cuando de tarde en tarde la resucitaban. Rafael Guerra (Guerrita) la cumplió cuatro veces en un solo toro. Interrumpo la lista de los que muy de tarde en tarde ejecutaron esa suerte, para copiar unos renglones cortos que el revistero Don Cándido dedicó, en *La Lidia* de 1894, a Rafael Guerra (Guerrita), por haber matado un toro de tres pinchazos y una estocada siempre recibiendo. Don Mariano del Todo y Herretero gritó su asombro ante el milagro:

Porque el del pan y los peones volvió el hombro a repetir. ¿Cómo? Haciendo a un buay morir citánd lo a recibir ¡¡¡¡¡ cuatro veces!

El fácil y gran banderillero que era Joselito está plenamente demostrado en esta foto



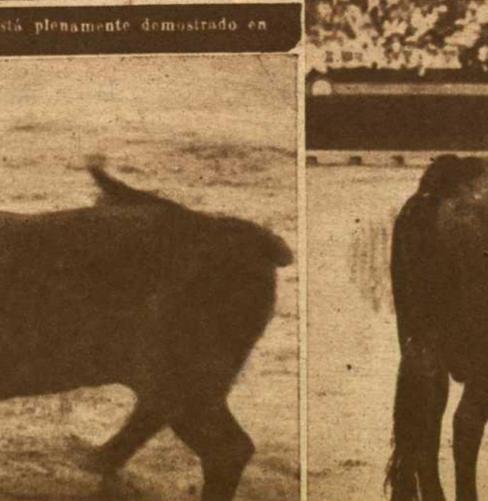
Don José Sánchez de Neyra había dedicado en *La Lidia*, no sé si el año de 1893 ó 95, porque sólo acudo a mi memoria, un largo artículo al novillero de Huelva Manuel Nieto Gorette, que, después de sólo cinco pases —sobriedad a que obliga la preparación de la suerte—, mató de una gran estocada, recibiendo, en la Plaza de Madrid. Inmediatamente antes de la aparición de Joselito, mató muchos toros, recibiendo a ley. Manuel Mejías Bienvenida, padre, y en nuestros días la ejecuta con asombrosa perfección José Mejías Bienvenida. Pero con éste no echaba nadie las campanas al vuelo. Cuestión de suerte, o acaso dependa de que los aficionados actuales muy nuevos no tienen punto de referencia para apreciar las grandes suertes olvidadas. Nunca se echaba las campanas a vuelo para José Mejías Bienvenida, el más formidable banderillero de estos tiempos y uno de los lidiadores más completos que yo he conocido en mi ya larga afición. Un sentimiento de justicia entristecida me obliga a aprovechar esta coyuntura para decirlo. Pero volvamos al inmenso José.

Matador que sabía recibir toros, porque esta suerte no se oponía a su cuidado de no perder la cara del toro, y en la suerte de recibir, aunque se pierda, se tiene la seguridad, por haber visto el viaje del enemigo, de que éste está necesariamente embobado en el trapo. Joselito era un matador defectuoso en la suerte del volapié. Defectuoso, sí; pero ya he dicho que certero y eficaz. Por eso pudo matar muchas veces con gran desahogo seis toros. En 1913, en Zaragoza, seis de Veragua, por cogida de Gaona. Otros seis, el mismo año en Valencia, del marqués de Guadalest. El año de 1914 mata, en la Plaza de Madrid, siete toros de Vicente Martínez, porque él regala el último al público, entusiasmado, no ya tan sólo con la variedad profusa del gran torero, que torea capote al brazo, cambia de rodillas y hace quites a una mano con largas dibujadas, sino por su seguridad como estoqueador. El gran aficionado don Ga-

ria, como le togen a uno cuando entra a matar bien; porque no les puede uno ver la cara.

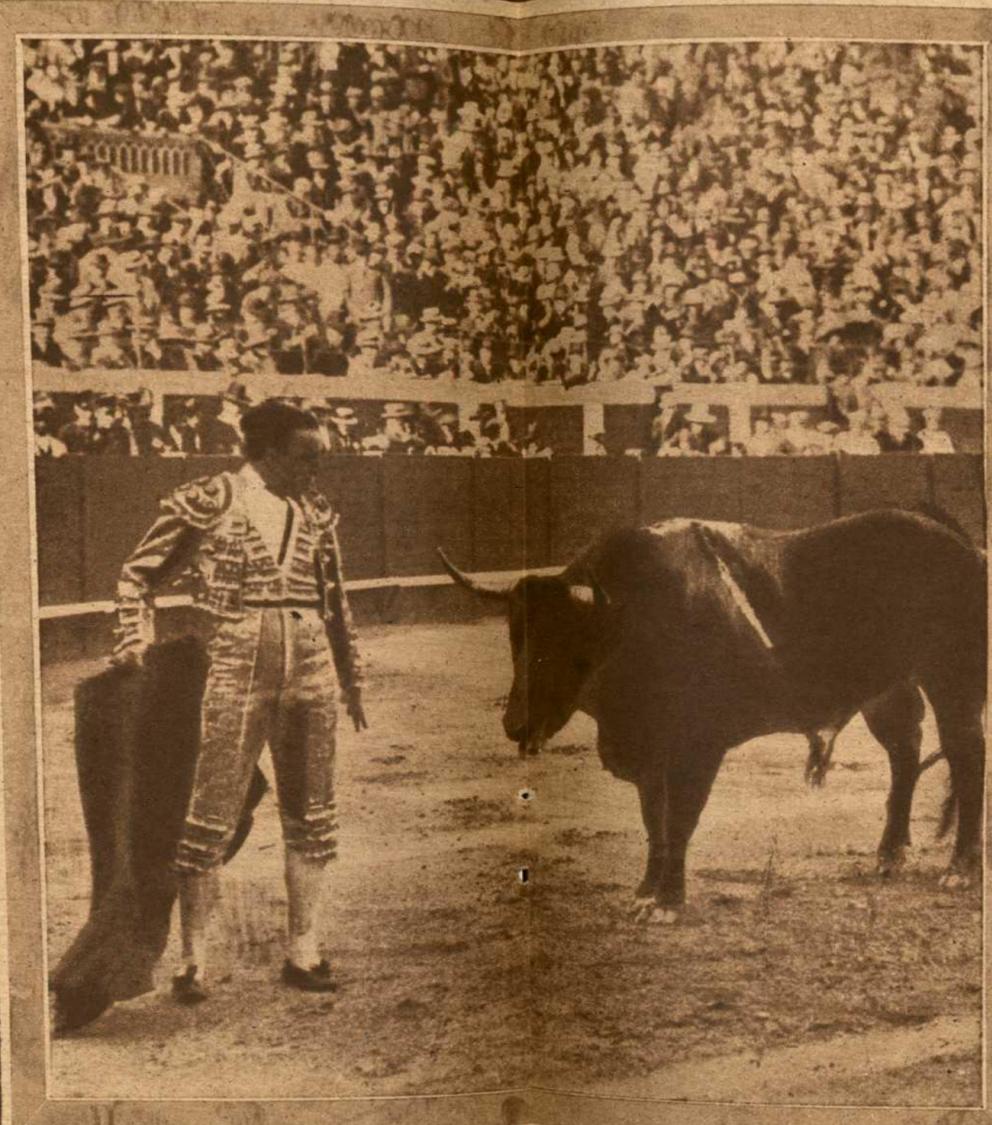
La otra cornada, también en una arrancada suelta, sin torear, fué la que acabó con su vida. Pero eso merece capítulo aparte, que habrá de ser, cuando llegue la hora, el último de estos apuntes. Por si aquella cornada fatal no fuera suficiente, valgan las anteriores para demostrar cómo el más seguro de los toreros, el que, por su gran sabiduría y sus enormes facultades, parecía torear sin peligro, estuvo siempre a merced de los toros como cualquier otro torero muy cobarde o muy valiente. (Continuará)

Sin embargo, no estaba catalogado como buen estoqueador; pero él, fácilmente también, se deshacía de su enemigo



APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

Por FELIPE SASSONE



Joselito, torero largo, daba a los toros su lidia. Aquí está sujetando con la capa a un toro huido



briel de Benito le gritaba, cuando iba a matar el sexto: «Por lo que más quieras; Joselito, haz el favor de quedar mal en uno». En Valencia. Mata otros seis en Vitoria el 9 de agosto. Mata seis toros en Granada el 29 de abril de 1917. Mata otros seis el 21 de octubre en Málaga. Mata otros seis el 3 de mayo de 1918 en San Sebastián. ¿Para qué más, aunque mucho más haya? Todo esto por lo que se refiere a la eficacia y a la destreza, sin contar las veces en que se empeñó en hacerlo al modo clásico; pero lo hizo pocas veces, porque tenía poca suerte, y los hechos le demostraban el peligro inevitable de matar bien. El 5 de julio de 1914, en el patio de caballos de la Plaza de las Arenas, de Barcelona, se encuentra con el empresario Castillo, belmontista apasionado, que sólo reconocía los méritos de éste y le negaba a José el pan y el agua. Cuando se liaba el capote de paseo para salir con las cuadrillas, se volvió al señor Castillo y le dijo: «Vaya usted a verme ahora mismo; yo soy muy buen torero, no se le olvide a usted; muy buen torero y muy buen matador, y dos lágrimas le rodaron por las mejillas. Pocos minutos después el toro Coletero, de Pérez de la Concha, al cual había toreado de capa superiormente y banderilleado a maravilla y trasteado con la muleta de manera inimitable, cambió estocada por cornada, y de un cuerno quedó enganchado por el muslo Joselito, al ejecutar como mandan los cánones la suerte del volapié. Además de una herida de diez centímetros, llevaba José fracturada, por la caída, la clavícula izquierda. Pero el toro murió de la estocada, y el señor Castillo dió su brazo a torcer y también su corazón, porque acabó llorando de emoción, como había llorado de amor propio aquel inmenso torero, espejo de altivez y pundonor profesional.

Varias veces cogieron los toros a este torero de maravilla, que nunca daba, toreado, la sensación del peligro, tan grandes eran su sabiduría y su des-

Una adorno de Joselito a la salida de un quite, con un toro de presencia y kilos (Fots. Baldomero y Vidal)



había tenido la culpa por haber perdido la cara del toro.

—No digas eso, José, porque no es verdad. Pierde la cara del toro el que sale huyendo del centro de la suerte, y tú no has huído nunca, ni hoy tampoco, porque habías acabado la serie de pases, y el toro estaba quieto, y no fiijo en ti, cuando tú te saliste de él andando para que se refrescase. El toro se le arrancó de pronto, inesperadamente, y tu cogida ha sido lo mismo que si te cayese en la cabeza una teja por casualidad. No te calumnies a ti mismo.

Joselito me alargó la mano y me sonrió, con su media sonrisa triste: —Lo que he querido decir, y no he dicho, y por eso tienes tú razón, es que el toro me cogió porque yo no le veía la

Joselito y su hermano Rafael en su casa de Sevilla, durante la temporada de invierno

Una adorno de Joselito a la salida de un quite, con un toro de presencia y kilos (Fots. Baldomero y Vidal)



EL ARTE Y LOS TOROS

LA NECESIDAD DE UN MUSEO TAURINO EN MADRID

Por MARIANO SANCHEZ PALACIOS

No es la primera vez que en estas mismas columnas hemos hablado de ello. Madrid necesita, precisa, poseer un amplio y auténtico Museo taurino. Pero un Museo que venga a cumplir su cometido histórico y anecdótico, presentando, desde sus orígenes, todos los antecedentes de nuestra Fiesta nacional. No se trata de recoger solamente este o aquel recuerdo del diestro, o la cabeza de la res que privó de vida a uno de nuestros valientes toreros. No. El Museo taurino puede y debe ser algo más. Repartidos por todos los Museos provinciales de España hay infinidad de cuadros con asunto taurino. Con todos ellos puede formarse una riquísima colección pictórica que, arrancando de Goya, llegue hasta nuestros días, y, en formación cronológica, se exhiban lienzos de Goya, Lucas, Villaamil, Carnicerro, Ferrándiz, Simonet, Alarcón, Villegas, Lizcano, Ferrant, Perea, Zuloaga, Chaves, Vázquez Díaz, Roberto Domingo, Castellanos, Solana, Sorolla, González Marcos, López Mezquita, Ruano Llopis, Casero, Benedito, Marín, Soria Aedo, Azpiroz, Elbo, José Bermejo, Casado del Alisal, Saavedra, etc., o lo que es lo mismo, la pintura taurómaca de tres siglos. Y junto a las salas de pintura, que por sí solas vendrían a formar un Museo único y original en el mundo, la sala de escultura con la "Taurómaca" de Benlliure, y tantas figuras más del insigne maestro, las de Julio Antonio y Gabino Amayá, los bajorrelieves de Angel Ferrant, tan nuevos y originales, y las de tantos otros que buscaron en el toro su más bello modelo.

y la sala de escultura, en la que los artistas buscaron en el toro su más espléndido modelo



Con todos los cuadros de asunto taurino puede formarse una riquísima colección pictórica, que, arrancando de Goya, llegue hasta nuestros días

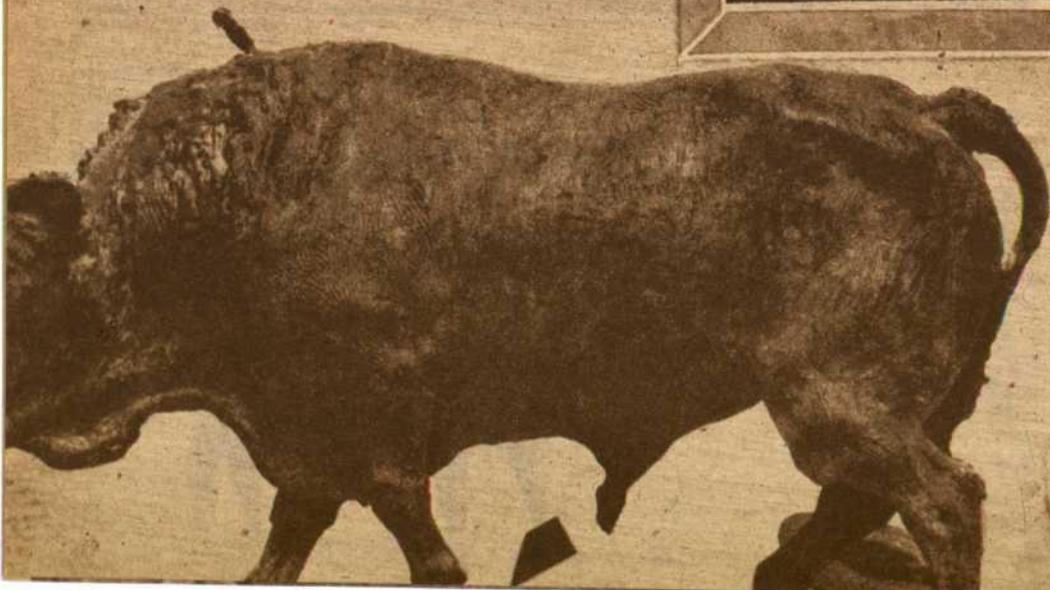


... la historia del cartel, desde aquellos primeros estampados en seda

Y completando las colecciones, para las que siempre habría donantes, la sala del traje, en sus distintas épocas; los capotes de paseo, las picas, los estoques, las banderillas de adorno y fantasía, las moñas, las distintas y tradicionales divisas de las ganaderías, la historia del cartel, desde aquellos primeros que realizó la casa Ortega, desde el estampado en seda a los modernos de Cecilio Plá, Forset, Jenaro Paláu, Torrejón, Roberto Domingo, Ruano Llopis, Ibáñez Paláu, y los más modernos y ciertamente interesantes de Juan Reus y Saavedra.

Y como complemento, las salas de retratos y fotografías de corridas y faenas célebres, y, por último, la no menos importante Biblioteca que recoja todos y cada uno de los libros que tratan sobre tauromaquia, la colección de revistas taurinas de todos los tiempos, fotografías, planos y detalles de cabida de las principales Plazas de Toros de España y América, ejemplares de reses que se iniciaron célebres a lo largo de la historia del torero, y, hasta si se quiere, una Cinemateca, en la que se conserven películas con ambiente taurino y documentales de actuaciones de nuestros más afamados diestros. En una palabra: un Museo amplio, valioso y digno de la capital de España. Un Museo que refleje el más bello de los espectáculos, elevado a la categoría de arte; un Museo que sea exponente y exaltación de nuestra Fiesta Nacional, sin rozar con la españolada.

No creo que fuera difícil la ayuda del Estado. No se olvide que el Museo taurino puede y debe tener un gran valor y una no menor importancia. Para su constitución fórmese una Junta o Comisión organizadora, anticipo del futuro Patronato, que, integrada por hombres expertos, generosos y de buena voluntad, lleven la empresa a buen puerto. Don Natalio Rivas, el Conde de Colomby, Roberto Domingo, Vázquez Díaz, Vicente Pastor, Belmonte y Marcial Lalanda, y algunos más, podrían ser valiosos e ilustres elementos de esta Junta. Después, todo vendría, Dios mediante, poco a poco. España debe tener en su capital un magnífico Museo taurino. Porque el asunto tiene no poca importancia y trascendencia para el futuro, y por muchos motivos más, no será ésta la última vez que insistamos y hablemos sobre ello.



Para el MAESTRO QUIROGA, el público de hoy es más inteligente que el de ayer

Una vaca sabia e impulsiva le quitó las ganas de ser torero



EL maestro Quiroga ha inundado de canciones los escenarios de España, y muchas de ellas han alcanzado esa popularidad que se asoma a las calles y por los patios de las casas, ganando así para su autor la más amplia calificación de su triunfo. Todos o casi todos los ya incontables espectáculos que se ha dado en llamar folklóricos se basan en los números que compone este artista infatigable, que dedica a su arte la mayor parte de sus horas. De una inspiración siempre fresca y lozana, la música del maestro Quiroga tiene un estilo perso-

nalísimo, un *ángel* especial, en el que hay que buscar la razón de ese aplauso unánime que acompaña siempre sus composiciones. Después de la música, lo que más interesa al maestro Quiroga son los toros. De toros nos va a hablar hoy Manuel López Quiroga, que, con sus grandes gafas de abate, tiene cara de ingeniero, pero que es ni más ni menos que el celeberrimo compositor, cuyas canciones tarareamos todos cuando nos afeitamos o cuando vamos en la plataforma del tranvía.

—¿Recuerda la primera vez que fué a la Plaza, maestro?

—La primera, exactamente, no. Mis recuerdos más antiguos de la fiesta se remontan a los años infantiles. Mi padre, que era un gran aficionado, solía llevarme a las *sevilladas* en que toreaban Gallito y Belmonte, alternando con Limeño y otros. Desde entonces soy espectador asiduo y entusiasta de nuestra fiesta nacional.

—Pero sí que recordará usted alguna efeméride de la que haya sido testigo presencial.

—Entre las famosas *sevilladas* que he tenido la suerte de ver, destaca una genial de Rafael el Gallo. En la corrida alternaba con el Vicente Pastor. En el primer toro, «el Caruso del toreo», como se le llamaba, y también el «divino calvo», estuvo «matador», sin duda porque ese era su oficio. En cambio, en el segundo realizó una faena cumbre, con lanceos y pases de todos los estilos, dados con esa gracia torera que no ha tenido nadie más que Rafael. Llegó a torear sentado en una silla, y al final mató con una habilidad que ya quisieran para sí muchos espadas de campanillas.

—Y tragedias, ¿ha presenciado usted alguna?

—He tenido la fortuna de no asistir a ninguna desgracia en la fiesta taurina. He visto, sí, algunas cogidas, pero siempre carecieron de consecuencias graves.

—Entre los toreros de ahora y los que usted vió en

sus primeros tiempos de aficionado, ¿con cuáles se queda?

—Siempre he admirado a Joselito, como creador de una escuela y de una ciencia taurina y por su arte maravilloso, y a Belmonte, que me ha emocionado más que ningún otro. De los de ahora, me agradan Manolete, Arruza, Pepe Bienvenida, Ortega...

—Pero, ¿entre aquéllos y éstos...?

—Me gustaba el toreo de ayer y me gusta el toreo de hoy. ¿Por qué no? Quizá el toreo actual sea más afiligranado; pero ello, sin duda, se debe a que los toros son más ligeros de peso que los de otros tiempos no muy lejanos todavía. Si tuviera que elegir un torero como el mejor de todas las épocas, es decir, de las épocas que yo he alcanzado, sin vacilar designaría a José Gómez Ortega, Gallito.

—¿Ha toreado en alguna ocasión?

—¡Ya lo creo! Toréé en la Venta de Cara Ancha, en Sevilla, siendo un chico, pues contaba entonces quince años de edad. No se me olvidará nunca. La Venta de Cara Ancha era cuadrada y larga; tenía unas tablas a modo de burladeros, y había que bajar al «terreno» —no me atrevo a llamarle ruedo— por cuatro escaloncitos. En la parte alta ponían mesas y un organillo, y allí bailaba el público en verano. En la Venta alquilaban una vaca, de cuyo nombre no quiero acordarme, y la alquilaban como las bicicletas: por horas. Nos reunimos tres amigos y la ajustamos en tres duros por sesenta minutos. Llegamos a las diez de la mañana. La vaca, lo recuerdo perfectamente, estaba en el pesebre, comiendo hierba. Era una vaca que sabía latín, griego y hasta vascuence.

—¿Y qué pasó?

—Pues pasó que mi padre se enteró de la aventura, y como no quería de ningún modo que yo me dedicara al arte de Cúchares, marchó a la Venta un poco después que nosotros. Pero, ¡ay!, por mucha prisa que se dió, no llegó a tiempo de salvarme de la acometida de aquel bicho, que me lanzó a cinco metros de altura y me hizo caer encima del organillo.

—Puede que fuera una alusión.

—Como que muchas veces he pensado que aquella vaca tan enorme quiso darme a entender que mi porvenir estaba en el piano. Recuerdo que al caer sobre el duro suelo me hice mucho daño en las manos. La vaca, que nos pertenecía durante una hora, no la utilizamos más que diez minutos. ¡Pero fueron bastantes! Como que después de aquella catástrofe me corté la coleta!

—¿Es que había toreado usted antes?

—¡Claro! Yo había ya toreado a un becerrete en Dos Hermanas. Era un animalito bravísimo, que acudía al capote noblemente. En eso fiaba yo cuando alquilamos la vaca; pero ésta opinaba por su cuenta, y nos quitó para siempre los humos toreros, no sólo a mí, sino a mis dos amigos. Bueno; nos quitó los humos y nos quitó el tipo.

—De modo que renunció usted a las glorias taurinas.

—Del todo. De no haber existido la vaca en cuestión, tan sabia y tan impulsiva, puede que hubiese llegado a intentar emular a Belmonte, mi paisano. Hoy comprendo que no hubiera sabido triunfar en tan difícil arte.



—¿Qué es lo que continúa usted lo mejor de la fiesta?

—La alegría, la nota de color, la fiesta en sí; la impaciencia con que deseamos ver una gran faena, que, si se cumple, nos resarce del precio de la localidad, que es la parte mala del espectáculo.

Lo peor que tiene la fiesta son las cogidas de los diestros y la suerte de varas. Esta última me ha desagradado siempre, aun cuando hoy día ha mejorado, en mi concepto, con el empleo de los petos para los caballos.

—En el tendido, ¿es usted un espectador pacífico o belicoso?

—Soy tan tranquilo, que no profiero gritos ni escuto con nadie. Unicamente cuando contemplo una gran faena me levanto del asiento para aplaudir, y de mi garganta sale el «¡ole!» Jamás me encaro con ningún espectador, y, desde luego, nunca he profirido palabras contra los diestros. Si alguna vez la corrida es mala, también me levanto del asiento, pero es para marcharme a la calle.

—¿Y usted cree que los públicos antiguos eran mejores que los modernos?

—Los públicos de antes se emocionaban y entusiasmaban tanto como los de ahora, y eran menos exigentes. Contra la opinión general, yo estimo que el público actual es más inteligente en el aprecio del arte de torear.

—¿Qué le quitaría y qué le añadiría a la fiesta?

—A mí me sobra, como ya le he dicho, la suerte de varas. Hablo, naturalmente, desde un punto de vista humanitario y sentimental, porque creo que los caballos no tienen defensa ninguna. En cuanto a lo que falta, lo que más echo de menos cuando presencio una corrida es... una butaquita que sustituya al asiento de piedra.

—¿Frecuenta las peñas taurinas?

—Me lo impediría mi mucho trabajo. Conozco a casi todos los toreros, sin tener amistad íntima con ninguno.

—¿Han tenido mucha influencia los toros en su obra musical?

—Desde luego, la fiesta de toros influye poderosamente en la música andaluza. En muchos casos, creo que no se puede intentar seriamente una producción musical de esta índole, de valor artístico, si no se es un verdadero aficionado a la fiesta nacional.

¡EN MADRID HAY QUE SALIR A TRIUNFAR!



Luis Miguel, de paseo con su hermana, en la mañana del jueves

Luis Miguel Dominguín tiene juventud y tiene simpatía. Dos armas para triunfar y para marchar con ímpetu por esos caminos difíciles que conducen a la fama.

Pero Luis Miguel, además de su juventud y de su simpatía, tiene una sonrisa eterna en sus labios, ancha y cordial.

Una sonrisa abierta, en la calle y en los ruedos, como presencia y esencia de lo que es Luis Miguel Dominguín.

Un muchacho aún, que en los ruedos no da importancia a nada, que juega con los toros y que sólo tiene una preocupación, que en ocasiones le hace ser grave. La responsabilidad que tiene de su arte y del respeto que le merece el aficionado.

Luis Miguel tiene un concepto formidable y una visión clarísima de la fiesta. Hablar de toros con Luis Miguel ofrece una garantía de escuchar una lección taurina, que cala hondo, porque en ella no hay abusos de tecnicismos ni pretensiones de sentar cátedra. Luis Miguel habla de estas cosas de toros como otros muchachos de su edad hablan de fútbol. Con esa alegría y ese fuego que pone en sus palabras la juventud.

Aún recordamos los triunfos del pequeño

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. 2. 150

"HE ESPERADO MUCHO TIEMPO Y NO QUISIERA DEJAR ESCAPAR LA OCASION"

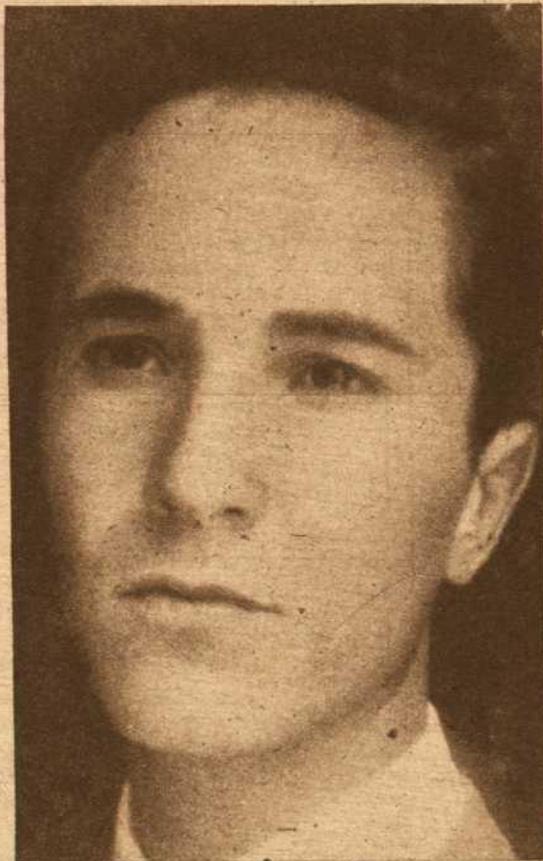
"Necesito suerte; lo demás vendrá por añadidura"

de los Dominguines en la Feria de Bilbao. De entonces —no es lejana la fecha— aquí, Luis Miguel va aureolando su fama con nuevos triunfos.

Hace unas horas que llega de Ecija. Y faltan muy pocas horas para que llegue ese minuto de hacer el paseillo en la Plaza madrileña.

Ese minuto, que espera con tanta ilusión Luis Miguel y que en su largo peregrinaje por las Plazas de provincias se le antojó que estaba muy lejos.

Sin embargo, ya las impacencias se han quebrado ante el estrépito de este día, que todos los toreros esperan con ilusión. ¡Torear en Madrid!



Luis Miguel Dominguín

Y Luis Miguel, al fin, va a torear su segunda corrida en las Ventas.

Se acentuó en su rostro aún más la sonrisa.

—¡Esperaba con ilusión este día!

Sólo se nos ocurrió decir:

—Pero al fin llegó, y ahora...

Me interrumpió él con un ademán vivo y nervioso.

—Ahora lo que hace falta —habló pausadamente— es triunfar, si la suerte quiere acompañarnos en nuestros propósitos.

—¿Impone mucho el actuar en Madrid?

No lo pensó mucho al contestarme.

—Yo creo que aflige. En Madrid se juega uno mucho y siempre hay que salir a por el triunfo grande.

—¿Y si se consigue este triunfo?

—Entonces se han logrado todas las aspiraciones.

—¿Tiene mucha influencia para el torero un triunfo en Madrid?

—Naturalmente. En provincias, los triunfos conseguidos en Madrid tienen un gran valor. Y, aparte de esto, para el torero tienen un valor excepcional, que es el valor moral.

—¿Te faltan aún muchas corridas para terminar la temporada?

—Desconozco exactamente el número. Yo sólo tengo una aspiración máxima y esta aspiración es torear todo lo que pueda.

—¿Estás muy contento de tu campaña taurina?

—Sí, estoy muy contento. Como se dice en el fútbol, las cosas me han rodado muy bien este año y conservo un recuerdo emocionado de la feria de Bilbao, donde para mi gusto me encontré mejor que en ningún otro sitio.

Llega el mozo de estoques. Es la hora de los preparativos. Y de los nervios. Pero Luis Miguel aparece sereno y sonriente. Es el tesoro de su juventud. De su juventud arrolladora. Quiera Dios que ese triunfo llegue por lo ardientemente deseado que ha sido. Porque Luis Miguel lo merece. Por su afición y también por lo que supone para la afición ese triunfo del pequeño Dominguín, en un momento en el que renova su no es morir.

—Pues nada, Luis Miguel, que tengas suerte.

Un apretón fuerte cierra nuestra charla. Se va acercando ese minuto del paseillo. Es el momento de los sueños y de los clarines. Mucho tiempo lo esperaba.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Antes de vestirse de luces, Luis Miguel escogiendo un libro para leer un rato

EL AGUILUCHO

UN HIJO DE GAONA VA A SER TORERO



Enrique Gaona, el hijo del Califa de León, toreando de muleta en un festival

CUANDO hace años estuvo Rodolfo Gaona por última vez en España, no tenía más que un hijo. Poco después de regresar a Méjico le nació otro, Enrique, del cual, cada vez que escribía, a lo largo del tiempo, hablaba con más entusiasmo.

—Mi chico va a ser un gran ingeniero.

Antes, cuando del mayor le hablaban, solía decir Gaona:

—Antes que dejar ser torero a mi chico, le dejo cojo.

El chico, efectivamente, se hizo ingeniero, y en los Estados Unidos ha realizado prácticas, en las que ha probado su gran capacidad profesional.

Pero Enrique Gaona ha sentido la atracción de la profesión en que su padre fué primerísima figura. Y escapando un día de la vigilancia paterna, y buscándose otras complicidades amistosas, el hijo del «Indio Grande» fué familiarizándose con los toros, cobrando afición y sintiendo crecer en él el irrefrenable impulso de ser torero.

Un día, no hace mucho, en la placita que Gaona tiene en León de las Aldamas, su pueblo, soltaron unas vaquillas. Enrique Gaona se lanzó al ruedo, y su capote prendió a la becerria en el engaño. Una vez, seis veces, la mano baja, el pie asentado, los brazos mandones, dibujaron el lance clásico.

Rodolfo, al principio con asombro y después con

interés, siguió el juego del muchacho. Luego, sin haber hablado más, mandó soltar un novillo.

—¡Andale ahora!—ordenó a su hijo.

Y de nuevo Enrique Gaona recordó el estilo del que fué gran torero mejicano.

—Está bien—dijo por único comentario.

Desde entonces no alentó jamás a su hijo; pero no le volvió a decir su repulsión a que fuera torero.

Hasta ahora, hace dos meses, que en la placita de Tacuba se celebraba un festival taurino. Había cuatro novillos que habían de ser estoqueados por Carlos Martínez, Telesforo Aboitiz, Chucho Cabrera y el hijo del «Indio Grande», Enrique Gaona, un joven espigado, con la misma cara de su padre.

La referencia de esta fiesta nos llega textualmente en la siguiente forma:

«Banderilleó Porcuna como él sabe hacerlo, y de picador actuó Luis Castro, El Soldado, que se cayó del caballo más veces que el Príncipe de Gales.

Las gaoneras de Jesús Cabrera recibieron el visto bueno del propio creador del lance. Y si las verónicas de Carlos Martínez y las chicuelinas de Aboitiz no recibieron el mismo honor, fué porque no se hallaban presentes ni Belmonte ni Chicuelo.

Con respecto a Enrique Gaona, es obligado señalar que fué una verdadera revelación. Lanceó y estoqueó a las mil maravillas, haciendo honor al apellido que lleva. Si, señor; hay en él un torerazo.»

Rodolfo Gaona no se opone ya a que su hijo toree. Ahí está en la foto —¡qué gordo y barrigudo estás, querido amigo!—, complacido en retratarse con su hijo, a quien los aplausos han añadido nueva afición, de tal modo, que nada, ni nadie, como no sea el toro, impedirán que el apellido de Gaona vuelva a figurar en los carteles anunciadores de las corridas.

Y ojalá sea en letras tan grandes y tan claras como las que su padre supo obtener a fuerza de arte y valor, en largas cam-



Rodolfo Gaona, hace treinta y tres años, a raíz de su alternativa

pañas tanto en su tierra como aquí en España.

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD



Los matadores que tomaron parte en el festival: Carlos Martínez, Telesforo Aboitiz, Chucho Cabrera y Enrique Gaona con el gran torero mejicano Rodolfo Gaona en la Plaza de Tacuba



XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO



VALDESPINO
JEREZ

EL PÚBLICO Y LA ECUANIMIDAD

LA FIESTA FUERA DE QUICIO

Por JOSE MARIA DE COSSIO



El público se ha excedido en la censura y de esto ha sido víctima principal el gran torero cordobés

Las corridas celebradas después de la reaparición de Manolete y Arruza en las ferias de septiembre han tenido particular interés y se prestan a variedad de comentarios. Acaso el más interesante es el que puede hacerse de la actitud del público que, tanto en el entusiasmo como en la censura, no se mantiene en el punto de ecuanimidad, que no sé si sería o no de desear.

El público, en las corridas que he presenciado, se ha excedido notoriamente en la censura y en la protesta, y en esto ha sido víctima principal el gran torero cordobés. Ante actuaciones decorosas, si no espectaculares, el público ha reaccionado violentamente, y la actitud del diestro creo que no me equivoco al calificarla de desconcertada y sorprendida. No era eso lo acostumbrado en un año bien próximo.

Las causas son varias, y alguna tendría el saborite y el picante de la discusión que hoy se mantiene en todos los cafés y en todas las peñas taurinas de España. Pero no es este aspecto el que quiero comentar muy brevemente. Es otro que se refiere a la parte más general del espectáculo y de su manera de ser en la actualidad.

Hay que decirlo con toda claridad, pues con toda claridad se dice en todas partes, menos, acaso, en alguna prensa. El espectáculo ha sido violentado, hiperbolizado y desquiciado, precisamente por la propaganda y la administración del gran torero cordobés. Esta administración ha sido, sin duda, admirable para el diestro; pero la posición del público no tiene para qué ser la actitud del torero, y lo que a éste ha beneficiado con la complicidad, hasta hace bien poco, de los espectadores, empieza acaso a perjudicarlo en este aspecto de las reacciones del público, que, por otra parte, no creo sean las que más le preocupen. Se ha desquiciado todo en la fiesta: honorarios, tamaño y costo del ganado, desprestigio de ferias que siempre se habían respetado, precios de las localidades, propaganda, malos modos ante empresas y públicos que nada tienen que ver con el humor de representantes taurinos o diestros. Díjalo Bilbao; díjalo Córdoba. Pues bien; cuando todo está fuera de su quicio, ¿se va a pretender que lo único que esté en su sitio, con toda su ecuanimidad y benevolencia, sea el público? ¿No es lógico, aunque sea lamentable, que el público fuera de su quicio, pues en él repercuten, y bien dolorosamente, las arbitrariedades de los demás, se aire y proteste y sea injusto, y sus exigencias superen las razonables? ¿Pero es razonable algo de lo que en la fiesta está ocurriendo?

Miles de espectadores en estas corridas provincianas de feria no tienen más posibilidad de sostener su afición y satisfacer su curiosidad taurina que la corrida que se anuncia con el gran cartel de los ases. ¿Se ha pensado en la cantidad de ilusiones y en la intensidad de decepciones que se ventilan en tal corrida? Y no es sólo esto. El presenciaria constituye para una mayoría un sacrificio auténtico. No sólo de molestias, sino el material de desembolso pecuniario. Las entradas llegan a precios astronómicos, no ya en la reventa, sino en la propia taquilla, donde el valor de los españoles se ha puesto a prueba al designar las novatas y las cien pesetas para un modestísimo tendido.

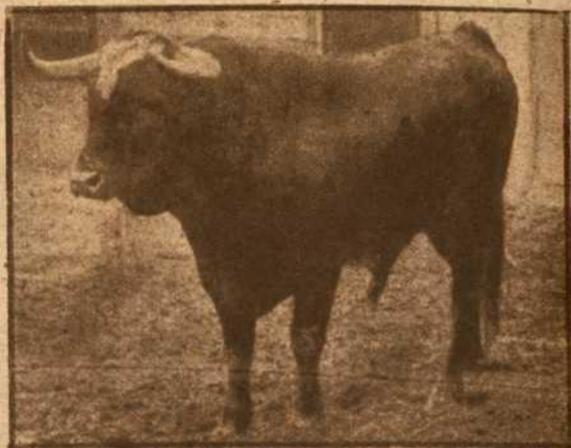
Después de esto, ¿quién se atreve a hablar de injusticias del público? Cuando se ha desquiciado todo, no se puede pretender que lo único que permanezca en su sitio sea la ecuanimidad del público.

A PUNTA DE CAPOTE

PUNTOS DE VISTA

Por FEDERICO OLIVER

En este mundo
[traidor
nada es verdad ni
[mentira;
todo es según el
[color
del cristal con que
[se mira.
CAMPOAMOR



... Sus armas terribles parecen seguir dos puntos penetrantes; sus ojos inciertos, vidriosos...

Yo no sé en este momento el aforo exacto de la Plaza de Toros de Madrid, pero es igual; suponiendo que son veinte mil localidades, se infiere que hay veinte mil puntos de vista, cuyos ojos visuales captan al torero y al toro en diversas perspectivas. No cabe duda que veinte mil nervios ópticos trasladan entonces a veinte mil cerebros la multiplicación de los cuerpos en movimiento. Un conjunto multiplicado de imágenes constituye un pase natural; otro, un pase de pecho, y esotro, una estocada... Y esa multiplicación maravillosa de las imágenes superpuestas son las que motivan con la rapidez del rayo, la ovación o la repulsa. ¿Por qué? ¿Cómo es tan inmediato el efecto de la causa, que no parece sino que músculos involuntarios lo proyectan en la mente práctica del espectador? El pase natural, el redondo, el de pecho y la estocada son esquemas categóricos prefijados en la visión del entendido en toros. ¿Cómo entonces el efecto es de sensación y no de reflexión? ¿De impresión y no de examen? Si hay un efecto reflexivo ante la lidia es por parte del presidente. ¿Será por esto por lo que el público lo llama burro? El buen escritor don Francisco de Cossío comentaba no ha mucho irónicamente que dos aficionados llenos de ortodoxia taurina o soubertan —cosa tan sencilla— un pase natural. ¿Qué pasa en los toros que las opiniones se diversifican ante realidades patentes, al parecer? Veamos lo que pasa en otros lugares de muchedumbres.

En un campo de fútbol, uno de los equipos marca un tanto. El gol es acogido con una ovación por una parte del público, y por otra es protestado; pero el árbitro pita y el gol se anula por un fuera de juego. Esta solución acrece la disconformidad. Nadie se entiende. ¿Qué ha pasado? Si se pregunta a todos y cada uno de los espectadores, contestarán de buena fe con la verdad para ellos evidente de la percepción registrada en su retina. Pero...

Estamos en el ring. Unos bravos campeones dirimen un título mundial. De pronto, uno de ellos recibe un quiebro en el estómago y cae sobre la lona. ¿Qué pasa para que un sector del público aplauda y, en cambio, proteste otro sector? La solución llega con la proyección en la pantalla del momento en litigio. En ella vemos al "ralemón" que lo mismo en el campo de fútbol que en el ring se produjo sólo un conflicto entre puntos de vista igualmente legítimos, cuando no están afectados por la ilusión, la enfermedad o el medio físico. Todos tenían razón y ninguno estaba en lo cierto. Porque...

"El hombre es la medida de las cosas", dijo el sofista Protágoras hace veinticuatro siglos. Si cuatro observadores, ante los cuatro ángulos de una mesa, dicen cómo es la mesa que tienen ante los ojos, los cuatro darán testimonio de una mesa diferente. Si cuatro pintores copian un árbol a una misma distancia, los cuatro darán una versión distinta del árbol.

Esto nos da la certeza de la fallibilidad de nuestro juicio ante la gama cambiante de nuestras percepciones. Una silueta retendida en nuestra visión puede ser exacta o puede no serlo, puesto que no es tan mollar la comprobación justa de valores en el espacio. La estocada bien puesta desde el tendido de sombra puede parecer defectuosa desde el tendido de sol. El torero que al parecer no se acerca lo que quisiera el aficionado de emociones, puede estar colocado temerariamente en el plano justo de la realidad. Hay tantas corridas de toros en una sola corrida como retinas que las reconocen. Es, en verdad, huir de la verdad. Si andas, lector, por los tejados de la Plaza y miras al ruedo, el toro te parecerá muy chico; mas si desciendes a los palcos, el volumen de la res habrá aumentado. Si llegas al tendido y comienzas a bajar gracia por gracia, el toro crecerá grado por grado, hasta adquirir un prestigio temeroso. Y si te ponas en un burladero...

Aquí llegamos al único punto de vista que jamás se tiene en cuenta: el del torero. Hemos dado un salto en la barrera y hétenos con él ante un horrendo testuz de pesadilla. Y no es lo malo que así nos lo parezca; lo peor es que se agiganta más y más cuanto más nos acercamos. Sus armas terribles parecen erguir sus puntas penetrantes; sus ojos, inciertos, vidriosos, vetados por destellos metálicos, presagian la embestida; su ferroz morrillo recorre temblorosos espasmos de la carne en martirio; de su bifo cuelga repugnante fleco de mocos; las moscas se incrustan en sus lagrimales hasta cegarlos; la sangre le chorrea, y sus resoplidos furiosos que no advertías desde el seguro de tu asiento, estruendo tu corazón... ¡Y decías que era una mona!

¿No es cierto, lector o espectador, que al saltar la barrera hemos saltado los límites de dos concepciones distintas de la fiesta? Del lado de allá, se goza; del lado de acá, se sufre. Del lado de allá, el tiempo brave se quema en volutas de pasión; del lado de acá, se eterniza y pesa como gases metálicos. Allí se grita, se apostrofa; aquí se observa, se estuzia. Allí, el instinto oscuro de la plebe, desea lo que aquí evita la inteligencia. De un lado, la masa exige, en buena moneda de peligro mortal, el cambio de sus duros en la taquilla; de este otro lado, un hombre como nosotros lector, trata de complacerse jugando la vida a cara o cruz.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LA FIESTA SE DECOLORA

En aquellos tiempos no viajaban los toreros como hoy. Naturalmente, la aviación andaba en mantillas y Vedrines iba batiendo marcas por las capitales de provincia. El automóvil aun era un artefacto que no servía más que para sembrar alarmas entre los ciudadanos pacíficos, acostumbrados al suave traqueteo del «simón» y de la «manuelas». Aun no había delirio de velocidad, aunque ya se empezaba a llegar a los puntos de destino en el día previsto.

Era el tren —un tren de alta chimenea— el medio seguro de desplazamiento. Y los toreros de ochenta corridas se tenían que servir del «caballo de hierro» para cumplir sus compromisos. Largo y penoso era el viaje en aquellas primeras de terciopelo rojo y departamentos aislados; pero, en compensación, tampoco había esa ansiedad de pasar por las cosas y por los sitios sin siquiera resentirlos.

Quizá porque la gente iba más despacio a todos los sitios era por lo que tenía tiempo para muchas cosas más que hoy. O por lo menos así lo aparentaba, deteniéndose en detalles por los que en la actualidad se desliza cada cual sin sentirlo. Era la época en la que las pequeñeces ocupaban el lugar preferente que les correspondió siempre por su importancia en la vida de cada hombre. Esos nimios detalles que son los que van dando salsa, sabor y color a las horas, siempre

iguales, que transcurren entre el amanecer y la noche. Había tiempo para todo y mucho más para ir a rendir homenaje de simpatía a los coquetados fenómenos a su llegada a las poblaciones adonde iban a torear. Fueran o no sus amigos. ¡Qué importaba! Pues si ellos eran partidarios, hasta la ronquera, de Fulanito o Menganita, no les hacía falta la presencia al diestro. Lo que si necesitaban era gozar de su presencia física a la llegada a la capital, para contar luego, el día antes de los toros y hasta momentos antes de sonar el clarín en la Plaza, cómo había llegado su ídolo y lo que había dicho —que siempre era bueno, pues para algo tenían ellos su imaginación— y hasta lo que ellos habían llegado a deducir, por sus gestos, que iba

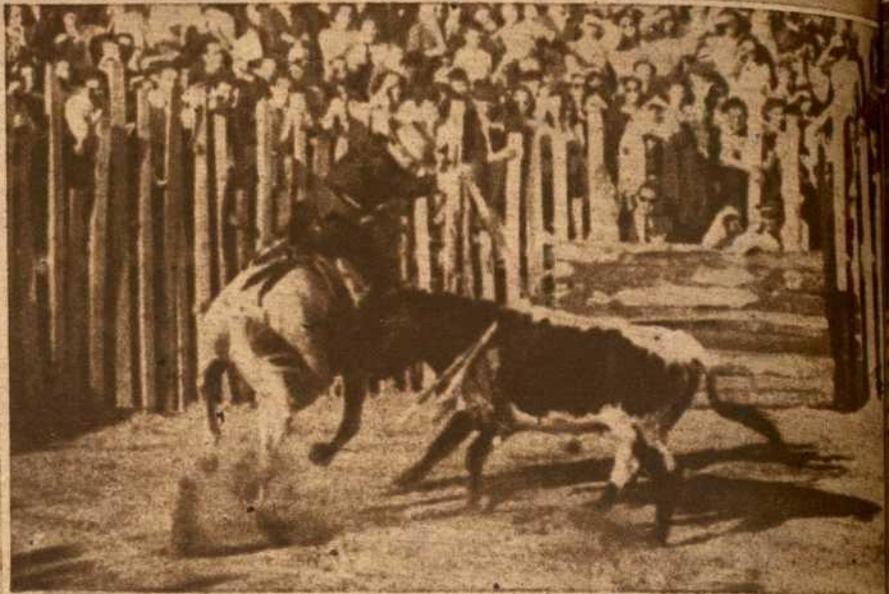
a hacer aquella tarde en el ruedo. Ahí está el fenómeno de Triana rodeado de amigos y admiradores que han ido a esperarle y tentarle un poco la ropa, a su llegada a Sevilla, en uno de los muchos viajes que hizo en 1914. Es una pincelada de las muchas que componían el color de la Fiesta, hoy tan empalidecida. No da el ritmo de hoy para una cosa así. Los coquetados, llegan en un coche de muchos caballos para subir corriendo a un avión y no queda tiempo ni para tirar una instantánea.



Festivales en Villaviciosa de Odón y Cadalso de los Vidrios



Juan Belmonte toreando de muleta en el festival de Villaviciosa de Odón



En el festival de Villaviciosa Belmonte coloca un rejón



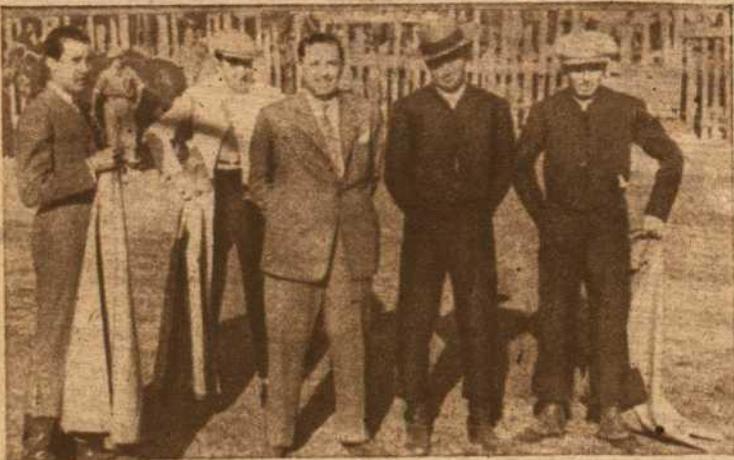
Alvaro Domecq en una manoletina, después de echar pie a tierra



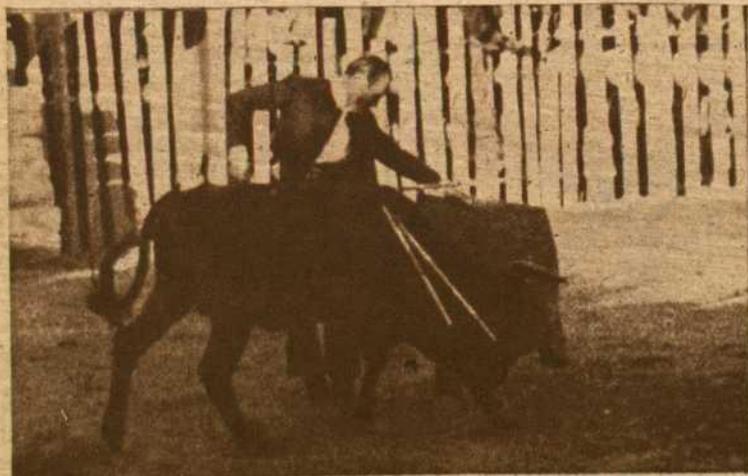
Juan Belmonte, con las orejas y rabo que le fueron otorgadas en Cadalso de los Vidrios



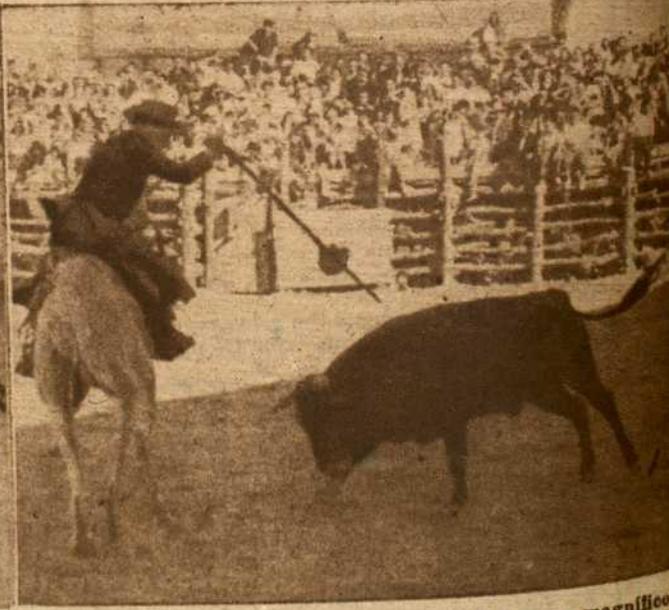
Alvaro Domecq, en el festival de Villaviciosa, pie a tierra, torea con la derecha



Juan Pedro Domecq, el banderillero Sánchez Mejías y otros de los que tomaron parte en el festival. Abajo: Juan Pedro Domecq toreando al natural

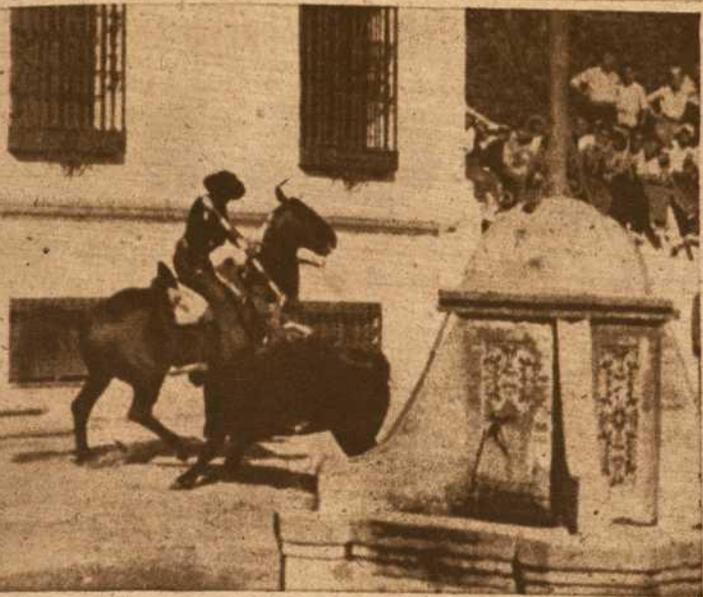


Belmonte hace un alto para coger un rejón



Belmonte, en Cadalso de los Vidrios, clava un magnífico rejón a su novillo

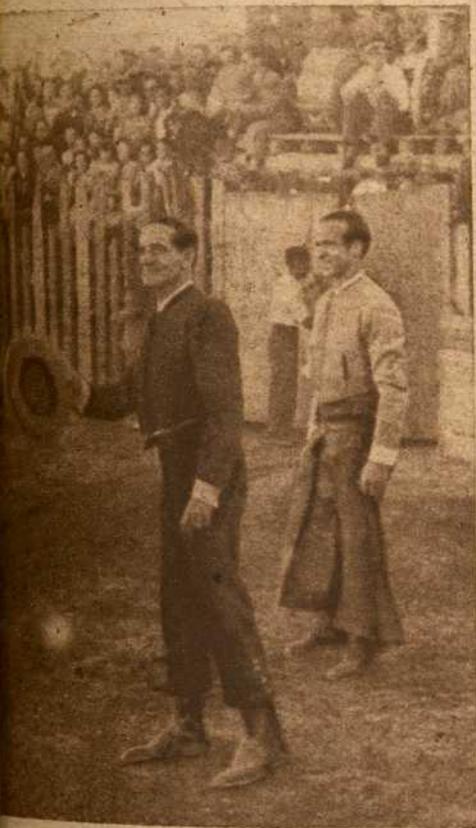
JUAN BELMONTE, ALVARO y JUAN PEDRO DOMEQ



En el bello marco de la Plaza de Cadalso, Domecq se dispone a clavar un rejón



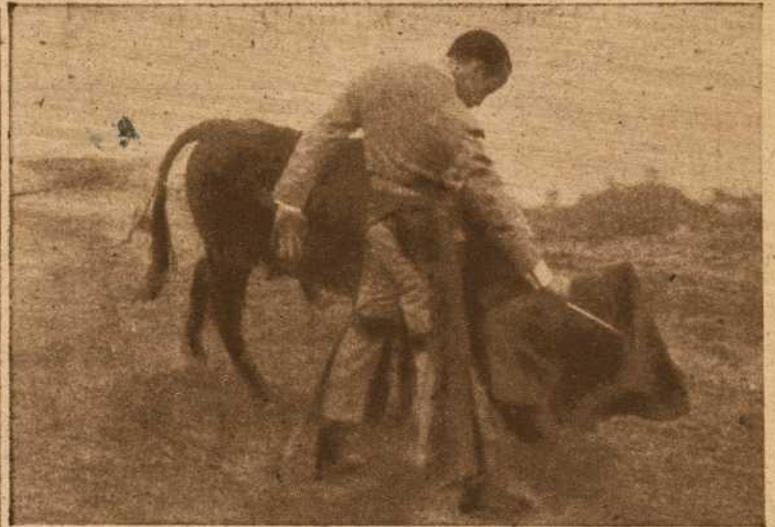
Juan Belmonte en la faena de muleta que hizo a su novillo en la Plaza de Villaviciosa



Belmonte y Domecq, en la Plaza de Villaviciosa, saludan al público



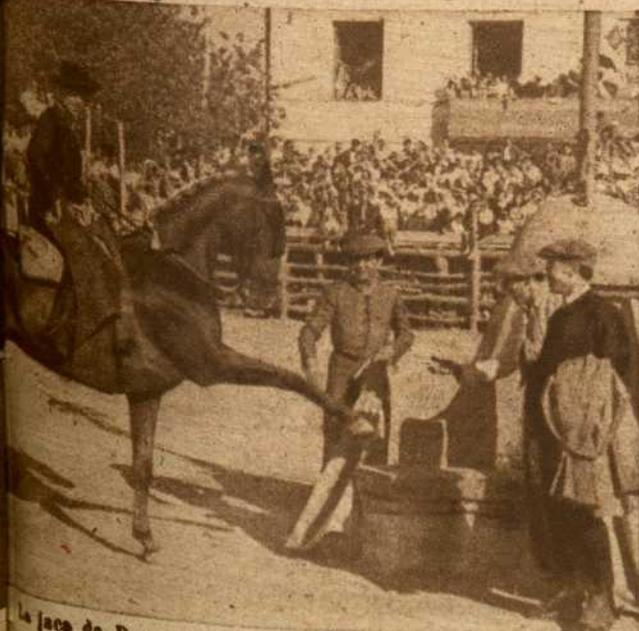
Domecq regala a un pequeño admirador la pata cortada en el festival de Cadalso



Domecq torea de muleta por bajo y en redondo



Belmonte, Juan Pedro Domecq y Alfonso Martínez. Abajo: Belmonte y Domecq hacen el paseillo en la plaza improvisada en Villaviciosa (Fots. Mari)



La jaca de Domecq da la mano, en la Plaza de Cadalso, al banderillero Villalta



Domecq y Belmonte, dispuestos para hacer el paseillo en Cadalso



ADIOS A ESPAÑA

Fermín Espinosa, ARMILLITA, embarca para Méjico el día 4



Armillita cuenta a nuestro redactor sus impresiones de final de temporada en España

"Me voy satisfecho de mi labor y contento del trato recibido"

SE acaba la temporada. Es el momento de hacer las maletas para otro mundo, donde se enlazará la campaña taurina. Méjico es hoy las miradas y pensamientos de cuantos tienen el compromiso adquirido para destacar la esencia torera que encierra su capote. Allí van ahora, unos por deseo de conocer lo que es el país azteca. Los naturales del país a ver a los suyos, abrazar a los hijos y seguir tarde tras tarde su lucha con el toro.

La figura cumbre, el nombre más popular entre nosotros, quien se ha mantenido firme en su puesto de primera figura, da su adiós a España! Fermín Espinosa, el pequeño de la dinastía Armillita, embarcará en la próxima semana para Nueva York, siguiendo a Méjico sin descanso.

Con la corrida que torea Armillita en Sevilla, el próximo domingo termina su campaña en España. La primera después de 1936; pero no la última. Es probable que en la próxima nos diga adiós; pero todavía lo veremos dejar su arte por los ruedos españoles.

Mucho tema para hablar de toros. La campaña, el ambiente, diferencias de época. Armillita ha pasado por todos los estilos y momentos desde 1929, que debutó en España, hasta el presente año, que volvió a nosotros.

HAY QUE ARRIMARSE TODOS LOS DIAS

Tiene importancia, por categoría, lo que Armillita aprecia en el toreo de hoy.

—Tengo la opinión de que hoy está muy difícil el torear —dijo Fermín—. Cada día existe más pelea, los públicos exigen mucho y cada tarde se expone más y más... Yo vine con el convencimiento pleno de que había que darlo todo y marchó contento de mi actuación. He salido a mantener mi puesto y sin jactancia creo que lo he logrado.

—¡Triunfos resonantes...!

—Los de Sevilla, Gijón, San Sebastián. Otros en Plazas de menor categoría; pero a través de las treinta y dos corridas, una actuación lucida. Marcho contento, con la satisfacción que proporciona el haber cumplido. Pude haber toreado más cantidad; pero yo me cuido, porque me queda poco de actuar.

—¿Piensa en la retirada?

—Será el próximo año. Soy joven, aunque muchos no opinen así. Actualmente tengo treinta y cuatro años. No cuarenta, como se habla en los corrillos taurinos de provincias. Así, que aun podría tirar unos años más... Pero no. Vuelvo a España en el próximo mes de marzo, y aquí me despediré de los aficionados mejores del mundo, porque se me quiere y debo corresponder a este favor. Y a continuación lo haré en la Plaza de El Touro. Será una campaña más movida, pues marchó ya con los contratos de las Ferias de Sevilla, Bilbao y San Sebastián.

—¿Qué opina de la campaña de sus compatriotas sobre España?

—Quien torea un gran número de corridas como Arruza, Rivera, Cañitas, yo, por ejemplo, no pueden hablar mal de este país tan acogedor. Esas censuras están motivadas por el fracaso, y han de servir de justificación ante la próxima temporada de Méjico. Esa es la mejor explicación. Quiero que lleguen todos los que triunfamos aquí, para desvirtuar esa errónea visión de quien no se arrima.

—En general, ¿satisfecho de nuestro país?

—Aquí se vive en su salsa lo que es la fiesta. Se nota pelea, no solamente en el ruedo, sino en los cafés, en la intimidad de las familias. Eso da tono a nuestro arte, y España tiene en su haber esto, importantísimo para los que tenemos que luchar con los toros.

—¿Hoy más chiquitos...?

—Realmente es así. Pero es que aquellos toros de Bilbao, con veintinueve arrobos, que salían en 1934 y 35, no permitían filigranas. Precisan otra lidia distinta, con mayor separación entre el bicho y el diestro. Yo llevo tres sementales buenos, para cruzarlos con mi ganadería.

Uno del conde de la Corte, otro de Domingo Ortega y un tercero de Salamanca. Cuando me retire del toreo ésta será mi labor continuadora del toreo.

MUCHA LUCHA ESTE AÑO EN MEJICO POR LA ABUNDANCIA DE DIESTROS

En Méjico, Fermín tiene el cartel que aquí Arruza y Manolete. Ha sido muchos años el mandón, y su ciencia taurina allí es muy estimada. Pero parece, por lo que nos anticipó Armillita, que va a tener una temporada descansada.

—¿Pocas corridas firmadas?

—Las imprescindibles. No voy a cansarme, aparte de que este año se van a repartir mucho las combinaciones por la afluencia de españoles. Así descansaremos.

—Y sobre Manolete, ¿qué impresión ha sacado?

—Inmejorable. En Méjico va a armar una revolución... taurina. Tendrá muchos éxitos.

Armillita, después del elogio sobre el cordobés, nos ruega un saludo para la afición española. El domingo torea en Sevilla. El martes sale de Madrid. El jueves, de Lisboa; escala en Nueva York, y el día 7 en Méjico. De domingo a domingo. —JOSE CARRASCO



Fermín Espinosa leyendo EL RUEDO

NUESTRA CONTRAPORTADA

Manuel Fuentes, Bocanegra

Por BARICO



MANUEL Fuentes Rodríguez nació en Córdoba, el 21 de marzo de 1837. Hijo del banderillero Manuel Fuentes (Canuto) y primo de Lagartijo.

Antes que Manuel Fuentes, otro torero se ayoó Bocanegra. Fue el banderillero de Chiclana José Fernández de los Santos, que perteneció a las cuadrillas de Montes y el Chirriero, y murió en Madrid, a consecuencia de una cornada, el 3 de

mayo de 1852. Manuel Fuentes se presentó en Córdoba como banderillero de la cuadrilla infantil que organizó Antonio Luque (Camará) cuando contaba quince años. Un año después ocupó puesto de espada en la misma cuadrilla, y al siguiente, 1854, ya lidiaba toros. En 1855 y 1856 fue banderillero con José Rodríguez (Pepete), y en 1857 pasó a la cuadrilla de Manuel Domínguez, con el que permaneció seis años. Manuel Domínguez fue su verdadero maestro: le adiestró, le permitió matar algún toro y actuar en novilladas.

El 16 de junio de 1861 figuró como sobresaliente en Madrid, en una corrida en la que eran espadas Julián Casas y Manuel Domínguez, y mató dos toros. Aunque su maestro no consideraba suficientemente preparado a Bocanegra, le dió la alternativa el 31 de agosto de 1862, en la Plaza del Puerto de Santa María. Fueron los toros de la ganadería del marqués de Tamarón, y figuró como sobresaliente Jacinto Machío. El 5 de mayo de 1864 Curro Cúchares le confirmó la alternativa en Madrid, con toros de la ganadería portuguesa de José de la Peña.

Veinticinco años fue matador de toros Bocanegra, y en ese tiempo sólo actuó como tal trece veces en Madrid. La última vez que toreó en la capital de España fue el 16 de junio de 1889, ya de cincuenta y dos años, sin facultades y casi ciego. Sustituyó a Frasuelo en la corrida de la inauguración de la nueva Plaza. Mató en la suerte de recibir al toro Rosquillero, de Aleas, y la última res que estoqueó, en la misma corrida, se llamó Chaparro y era de la ganadería de Solís. Cuatro días después, el 20, presenciaba una novillada en Baza (Jaén). Los lidiadores eran principiantes, y el cuarto bicho, Hormigón, colorado, grande y de mucha cuerna, sembró el pánico en el ruedo. El toro, de la ganadería de Agustín Hernández, derribaba con estrépito a los picadores, y los matadores no se atrevían a hacer los quites. Bocanegra, con la venia presidencial, bajó al ruedo acompañado por su sobrino, Rafael Ramos (El Melo), para ayudar a los toreros. Al hacer un quite saltó perseguido, no pudo entrar en un burladero y fue enganchado por el muslo derecho. En la enfermería fue asistido de una cornada de 40 centímetros de extensión por ocho de profundidad, que produjo grandes destrozos intestinales. Al día siguiente, 21 de junio de 1889, sobrevino la peritonitis, y Bocanegra falleció.

Bocanegra fue valiente y pundonoroso; pero no tuvo grandes conocimientos, y ello fue causa de su mortal cogida y de innumerables perances.

BALSAMO HAZUL
 Unguento antiséptico
 para accidentes y
 enfermedades de la
 Piel
 QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS
 (Autorizado por la Censura Sanitaria)

CARTEL DE FERIA EN LOGROÑO

ARMILLITA, MANOLETE, ARRUZA, PEPIN MARTIN VAZQUEZ, JULIAN MARIN Y PARRITA



Arruza en un natural, en la primera corrida de la feria de Logroño



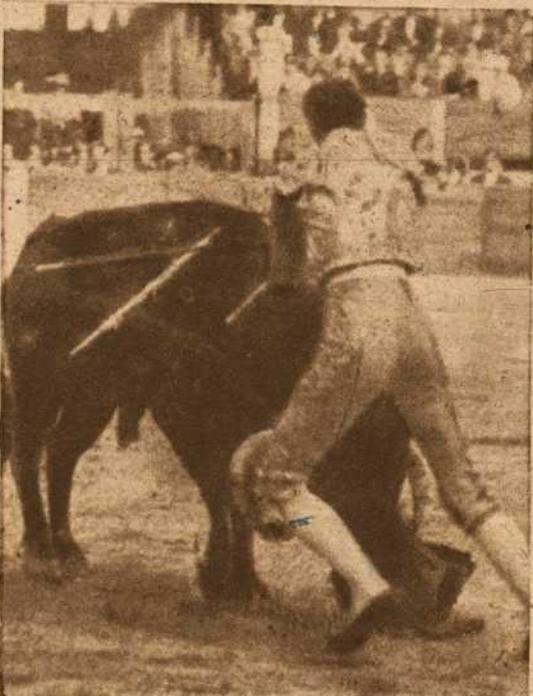
Pepin da la vuelta al ruedo, después de cortar orejas



Un ayudado por aito de Pepin Martín Vázquez que obtuvo un señalado éxito



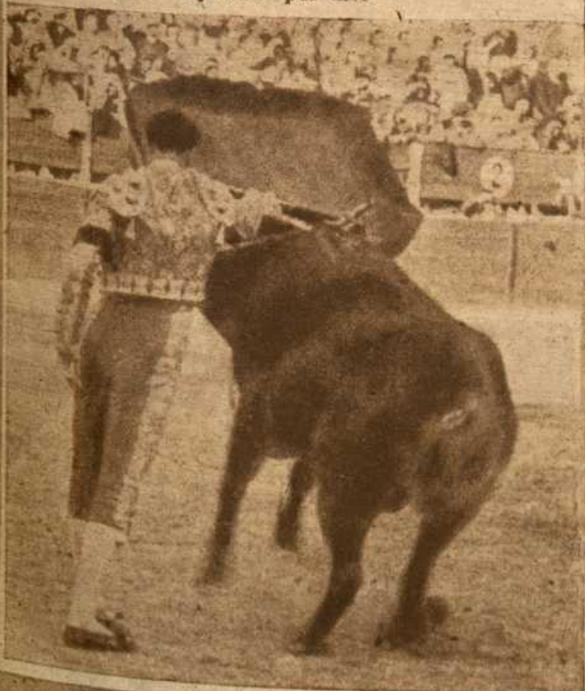
Parrita, el ganadero Domecq y el mayoral dan la vuelta al ruedo.—Abajo: Julián Marín en un ayudado por alto



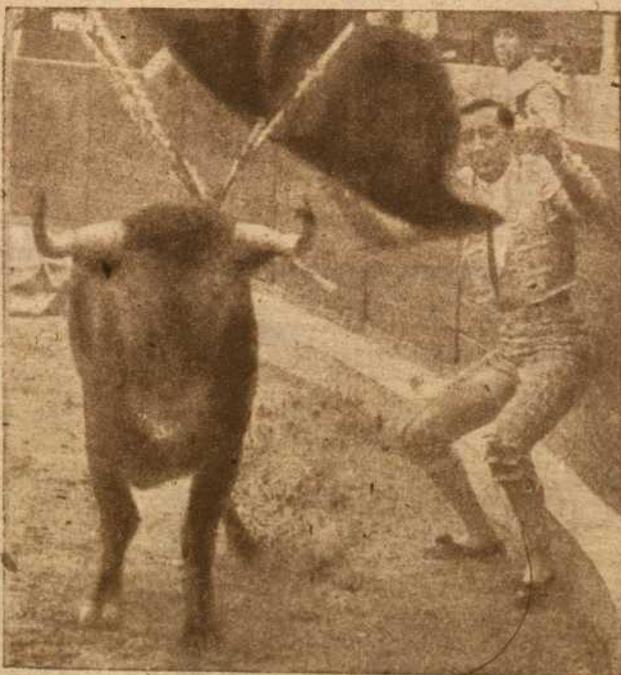
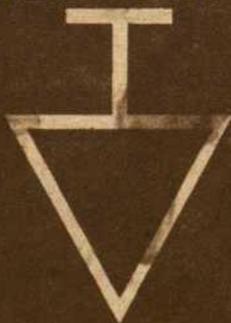
Parrita entra a matar valientemente en el toro que obtuvo un resonante triunfo, en la tercera corrida



Manolete rematando un quite con media verónica.—Abajo: El mejicano Armillita inicia la faena sentado en el estribo (Fots. Cortés)

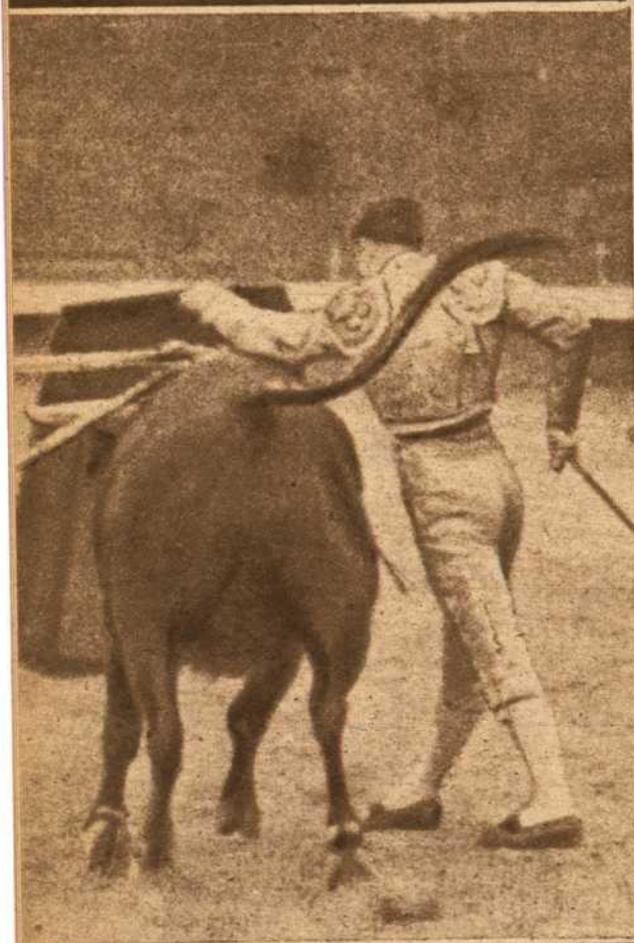


**GANADERÍAS
PRESTIGIOSAS**

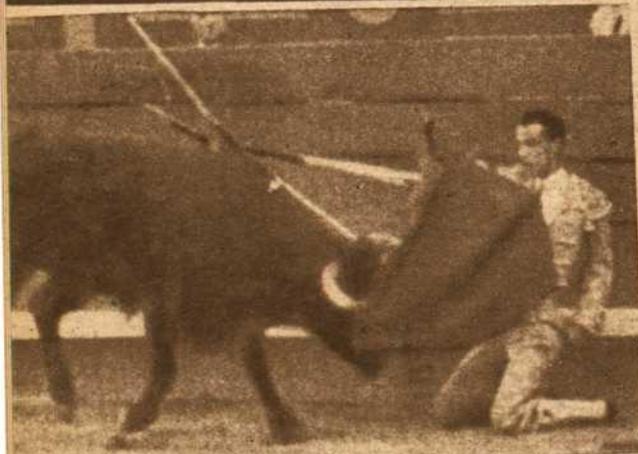




Conehita Cintrón en un magnífico par de banderillas



Pepe Luis Vázquez en un apretado pase de pecho, el jueves, en las Ventas



Un natural de El Estudiante, y Llorente entrando a matar en el toro de la confirmación de su alternativa (Fots. Baldomero)



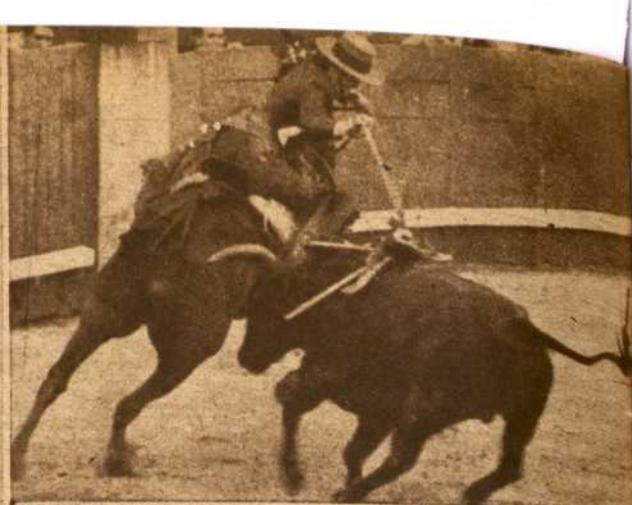
José Gómez Ortega, restablecido de su cogida, presencia la corrida del Jueves en Madrid, acompañado de su hermano Rafael y Cristóbal Becerra

EL JUEVES, EN MADRID

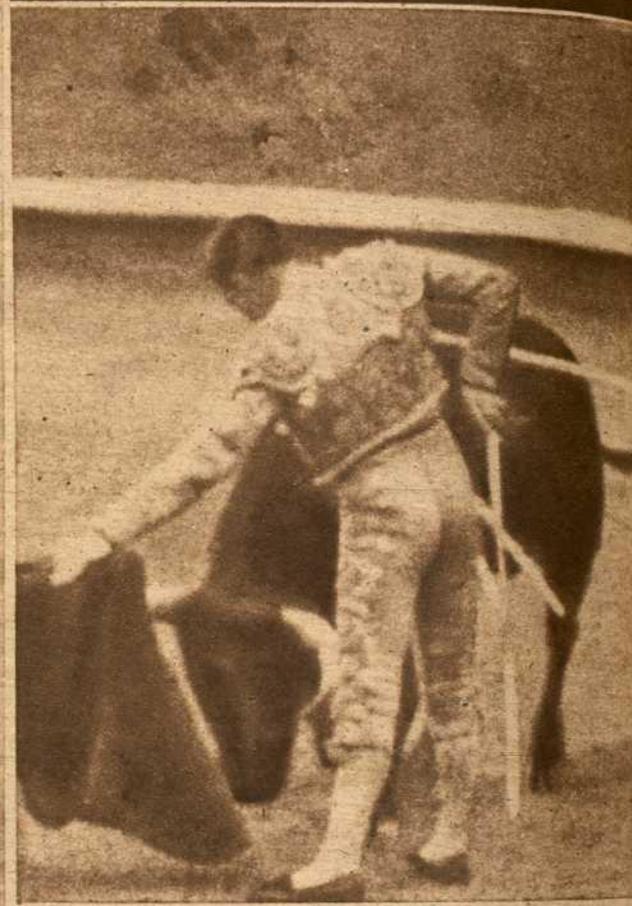
Confirmación de la alternativa de
RAFAEL LLORENTE
EL ESTUDIANTE
PEPE LUIS VAZQUEZ



El Estudiante, en el momento de confirmar la alternativa a Rafael Llorente. Abajo: Un gran muletazo de Llorente



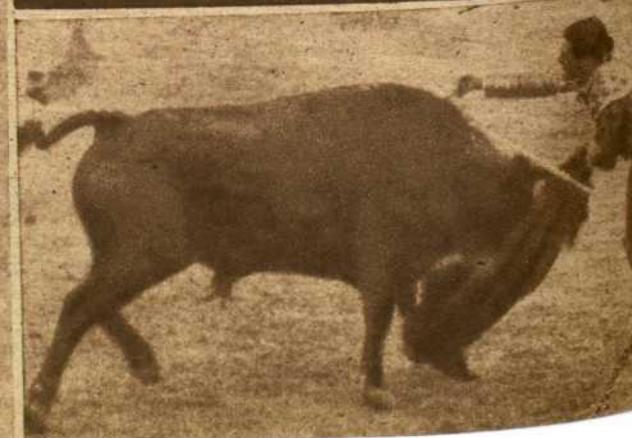
Aguantando con enorme valor la arrancada del bicho, se luce en un rejón que coloca en todo lo alto



Pepe Luis Vázquez en un natural en la magnífica faena de muleta a su segundo toro



El Estudiante iniciando la faena con las dos rodillas en tierra. Abajo: un lance de capea de Pepe Luis Vázquez



ENRIQUE
SEGURA



Romaneando a un caballo
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: Manuel Fuentes, Bocanegra
(Dibujo de Enrique Segura)